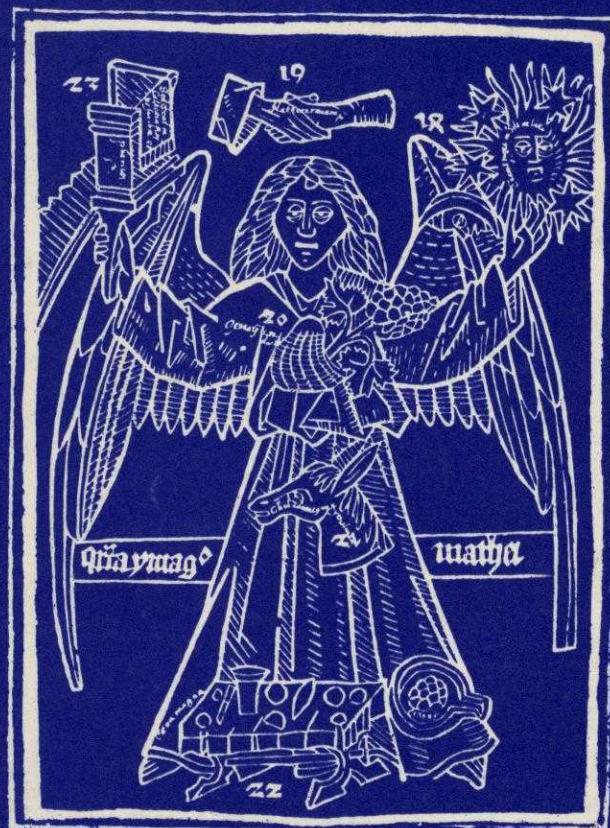


NORTE

CUARTA EPOCA-REVISTA HISPANO-AMERICANA-NUM. 282



Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A.C. / Lago Ginebra No. 47-C, México 17, D.F. / Teléfono: 541-15-46 / Registrada como correspondencia de 2a. clase en la Administración de Correos No. 1 de México, D.F., el día 14 de junio de 1963. / Derechos de autor registrados. / F.A.H., A.C.: Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial. / Director Fundador: Alfonso Camín Meana. Tercera y cuarta época: Fredo Arias de la Canal.

Impresa y encuadrernada en los talleres de Impresos Reforma, S.A. Dr. Andrade No. 42, Tels. 578-81-85 y 578-67-48, México 7, D.F. Diseño y servicios gráficos de arte: Editores de Comunicación Creativa.

El Frente de Afirmación Hispanista, A.C. envía gratuitamente esta publicación a sus asociados, patrocinadores, simpatizantes y colaboradores; igualmente, a los diversos organismos culturales privados y gubernamentales de todo el mundo.

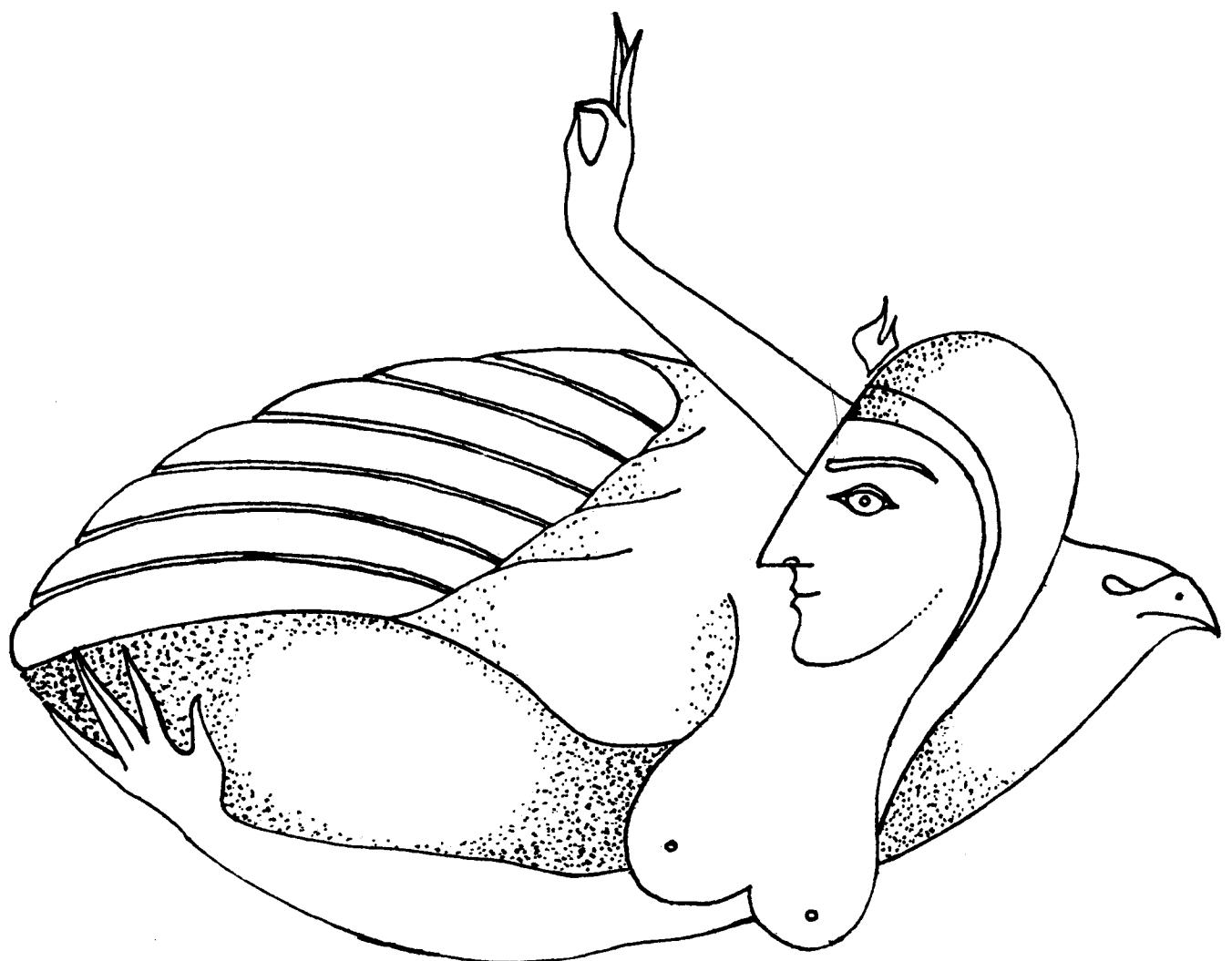
NORTE

NORTE, revista hispano-americana. Número 282, marzo-abril, 1978.

SUMARIO

EL MAMIFERO HIPOCRITA VI. EL SIMBOLO DEL PAJARO. Fredo Arias de la Canal	5
"TRANSFORMACIONES". Mercedes Roffe	35
CARTAS DE SOLIDARIDAD DE LA COMUNIDAD HISPANOAMERICANA	36
PATROCINADORES	39

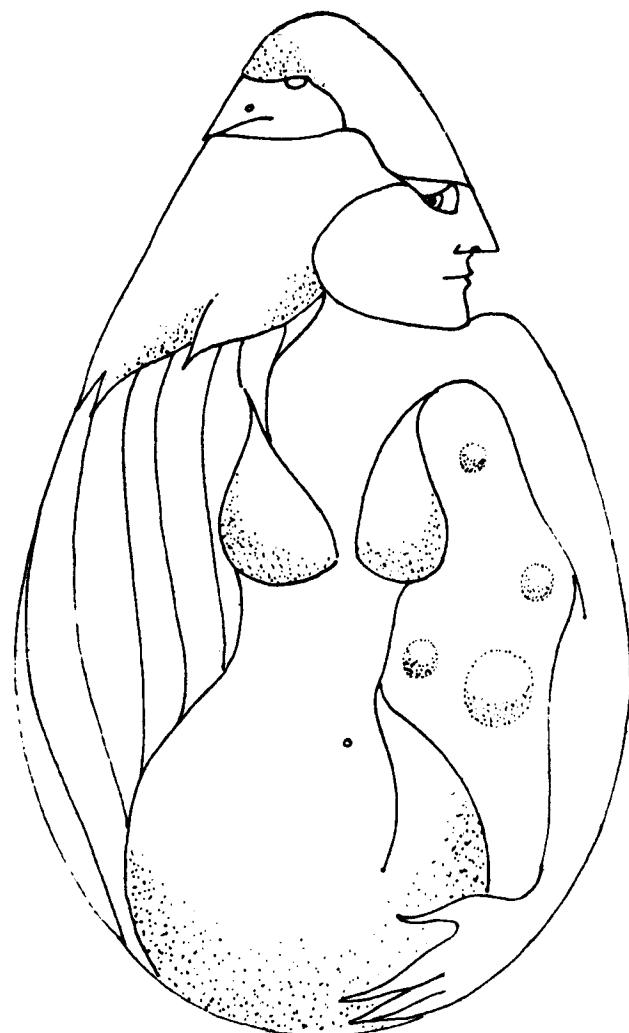
Portada: del Ars memorandi. Contraportada: Otto Pankok.



José Ortega

ENSAYO

el mamífero hipócrita VI



Fredo Arias de la Canal

EL SIMBOLO DEL PAJARO

Cuando Freud expresó en su obra **Sobre los sueños** (1901), que el simbolismo onírico trascendía a fábulas, mitos, leyendas, chistes y folclor, observó que la indagación de los fenómenos relacionados con estas diversas expresiones humanas, recaía exclusivamente en la interpretación de los símbolos que repetidamente se aparecen durante el sueño. Inútil sería, pues, estudiar las fábulas, mitos, etc., si no se los relacionara con los sueños y con los símbolos que aparecen en ellos. Debe entonces, el psiconalista, concentrarse en descifrar la incógnita de los símbolos; al respecto expresó Freud en la obra citada:

Si aquellos sueños que exteriorizan deseos eróticos, consiguen aparecer inocentemente asexuales en su contenido manifiesto, ello no puede suceder más que de una sola manera. El material de representaciones sexuales no debe ser producido como tal, sino que tiene que ser sustituido, en el contenido del sueño, por indicaciones o alusiones; pero a diferencia de otros casos de representación indirecta, la usada en el sueño es despojada de la comprensibilidad inmediata. Nos llamamos, pues, en el sueño, ante una representación por medio de símbolos, los cuales son objeto de especial interés desde que se ha observado que los sujetos que hablan un mismo idioma se sirven en sus sueños, de símbolos idénticos, y también que esta comunidad traspasa en algunos casos las fronteras del lenguaje. Dado que los que sueñan no conocen la significación de los símbolos por ellos empleados, se nos presenta al principio envuelta en tenebrosa oscuridad la procedencia de su relación con aquello que indican y representan. Mas el hecho mismo es indudable y posee enorme importancia para la técnica de la interpretación de los sueños, pues mediante el conocimiento del simbolismo onírico se hace posible comprender el sentido de elementos aislados del contenido del sueño, de trozos del mismo, o a veces de sueños enteros, sin necesidad de interrogar al sujeto sobre sus asociaciones libres. Nos acercamos de este modo al ideal popular de una traducción de los sueños y retrocedemos, por otro lado, a la técnica interpretativa de los antiguos pueblos, cuya interpretación de los sueños era idéntica a la que se lleva a cabo por medio del simbolismo.

En mi calidad de intérprete de sueños, fábulas y mitos, ¿cómo convencer a mis escépticos lectores de que existen ciertos símbolos que se advierten con frecuencia tanto en los sueños como en las leyendas?

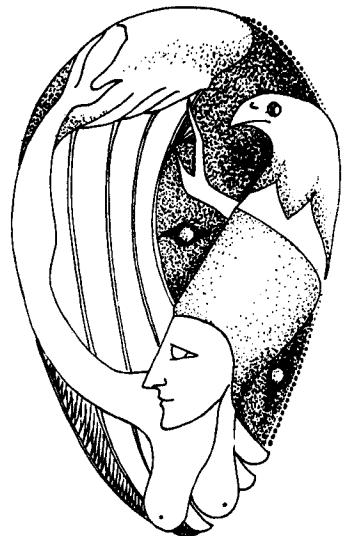
Un pájaro de acero me trajo, de la Argentina, un bello libro intitulado **La leyenda anónima argentina**, escrito por mi pariente lejanísimo Bernardo Canal-Feijóo, quien en carta adjunta, me interesó en la **Leyenda catártica** que consignó en el capítulo V de dicha obra y que dice al tenor:

Bien conocida es, en nuestro país, la Leyenda del Kakuy. En el Norte, especialmente en la provincia de Santiago, goza aún de vigencia folklórica; forma parte del repertorio de relatos orales que el pueblo sigue repitiendo, y alcanza con ella, y otras de su especie, a preformar un tesoro de literatura trágica popular, bajo algunos aspectos muy notable.

Sobre otras de su especie, la Leyenda del Kakuy ofrece el especial interés de proyectarnos rectamente sobre algunos problemas de la historia social y de la cultura moral y religiosa indoamericana.

El alma moderna, en la cual el sentimiento religioso, la conciencia moral, y la sensibilidad artística, aparecen claramente diferenciados, y aun a menudo divorciados, pudiendo haberse consentido más de una vez comodidades como la de pensar que el arte puede ser independiente de toda ética, alcanza sin duda la emoción de simple belleza lírica que emana de esa Leyenda, aun bajo su forma actual evidentemente desfigurada y empobrecida. Pero si restauramos, como voy a intentarlo ahora, su fisonomía primigenia, si la retrotraemos a su instante original, descubriremos en ella, con la supervivencia de uno de los mitos más antiguos, la prefiguración integral, místico-ético-estética, de una de las concepciones trágicas de más noble sentido que haya urdido el intelecto humano.

Varios escritores han transcripto, cada uno a su estilo, esta leyenda, coincidiendo todos en los rasgos anecdoticos que le confiere la tradición oral santiagueña. Ninguno se ha ocupado hasta ahora en hurgarle en su sentido esencial. Ninguno se ha mostrado siquiera intrigado por ciertos detalles anecdoticos, que, de no reconocérseles un peculiarísimo



4

sentido simbólico, habría que rechazar por groseramente pueriles y arbitrarios.

De todas esas transcripciones voy a elegir para este estudio la que merece, por diversos conceptos, ser tenida por la más completa, y es la que incluye Ricardo Rojas en **El País de la Selva**.

Aligerada de galas de estilo, y dividida aquí en incisos para ulterior comodidad del análisis, esa transcripción dice así:

1

"En una época muy remota, dicen las tradiciones indígenas, una pareja de hermanos habitaba su rancho en las Selvas.

Solos vivían, desde la muerte de sus padres, sin que la comunidad de su sangre hubiese atenuado las diferencias de sus idiosincrasias antagónicas.

2

"El era bueno; Ella cruel. Amábala el muchacho como pidiéndole ventura para sus horas huérfanas; pero ella acibaraba sus días con recalcitrante perversidad... Vagando él triste por las umbrías, pensaba en Ella; las algarrobas más gordas, los mítoles más dulces, las más sazonadas tunas, llevábalas al rancho... Todo esto le costaba trabajo y pequeños dolores; pero Ella, en cambio, mostrábase indiferente, como gozándose de sus penas.

3

"Volvió una tarde sediento, fatigado, tras una día de infructuosa pesquisita, pues reinaaba la seca... Pidió entonces a su hermana un poco de hidromiel para beberla, y otra de agua para restañarse los arponazos. Trajo ambas cosas, más en lugar de servírselas, derramó en su presencia la botijilla con agua y el tupo de miel. El hombre, una vez más, ahogó su desventura; pero como al día siguiente le volcará la ollita donde se cocionaba el locro de su refrigerio matinal, la invitó para que lo acompañase a un sitio no distante, donde había descubierto miel abundante de moro-moros. Su invitación encubría upaleros designios de venganza.

"El árbol, un abuelo del bosque, era de gigantesca talla. Cuando llegaron allí, la persuadió a que debían operar con cuidado..., pues se referían historias de meleros misteriosamente desaparecidos a manos de un dios invisible que protege las colmenas... Sobre la horqueta más alta hizo pasar su lazo; y preparó un extremo a guisa de columpio para que subiese su hermana, bien cubierta por el poncho en defensa del enjambre ya alborotado por la maniobra. Tirando del otro extremo... la solivió en el aire, hasta llegarla a la copa; y cuando ella se hubo instalado allá sin descubrirse, él empezó a simular que ascendía por el tronco, **desgajándolo a hachazos**, mientras bajaba en realidad. Zafó después el lazo, y huyó sigilosamente...

5

"Presa quedaba en lo alto la infeliz. Transcurrieron instantes de silencio. Ella habló. Nadie le respondía... Como empezara a temer, soleantó la manta que la tapaba, dejando apenas una rendija para espiar. El zumbido de los insectos la aturdió... Ese rumor confuso revelaba la profundidad del silencio... Ciega de horror y de coraje, se desembozó de súbito, así la acribillaran las abejas; y al descubrir el espacio, el vacío del vértigo la dominó... ¡Sola, sola, sola para siempre!

6

"Nunca se le mostró más pavoroso el cielo ni más callada la breña... Tiritaba como si el ábrecho la azotase con su punzante frío, y sentía el alma mordida por implacables remordimientos. Los pies, en el esfuerzo anómalo con que ceñían su rama de apoyo, fueron **desfigurándose en garras de buho**; la nariz y las uñas se encorvaban; y los dos brazos abiertos en agónica distención, emplumecían desde los hombros a las manos. Disnea asfixiante la estranguló; al verse, de pronto, convertida en ave nocturna, un ímpetu de valor arrancóla del árbol y la empujó a las sombras.

"Así nació el Kakuy, y la pena que se ahogó en su garganta, llamando a aquel her-

mano justiciero, es el grito de contrición que aún resuena sobre la noche de los bosques natales, gritando: ¡Turay... Turay... Turay!...”.

Lo que aquí observo, siguiendo las pautas psicoanalíticas freud-bergleristas, es el cuadro de adaptación inconsciente a la idea de ser abandonado y muerto de hambre por la cruel **imago matris**. El hermano sufría un apego masoquista hacia su hermana, en quien había proyectado su **imago matris**. La hermana, representa a la **imago matris** sádica, que derramaba la miel o que negaba la leche al infante. La venganza del hermano hacia la hermana es una repetición compulsiva contraria, como diciendo: “No es verdad que yo goce en ser abandonado y muerto de hambre por mi **imago matris**, al contrario, yo la someto a ser atacada por los pezones hirientes (abejas), y la ataco sexualmente al izarla hasta la copa del árbol (escalera = coito)”; mas el ataque sexual culmina en un **eyaculatio a portas** (derramó en su presencia la botijilla). El complejo de castración, o sea, la adaptación inconsciente al deseo de ser devorado el pezón-pene por la hambreadora **imago matris**, se observa en la simulación de ascenso por el tronco, cuando en realidad efectuaba un descenso relacionado con el desgajamiento de las ramas a hachazos (morder los pezones). Luego acontece el abandono como una repetición compulsiva inconsciente a la adaptación básica (orfandad). Al haber dejado a su hermana al abandono y la muerte, sufre el hermano la introyección de su **pseudoagresividad**, creándosele el sentimiento de culpabilidad, el cual atenúa con penitencia. Su castigo consiste en el insomnio y las visiones ornitofóbicas del pezón materno, simbolizado en un pájaro de presa. Carlos Vaz Ferreira dice que su hermana María Eugenia había excluido de su antología la poesía **Único poema**, porque “nadie la entendió”:

Mar sin nombre y sin orillas,
Soñé con un mar inmenso,
Que era infinito y arcano
Como el espacio y los tiempos.

Daba máquina a sus olas,
Vieja madre de la vida,
La muerte, y ellas cesaban
A la vez que renacían.

¡Cuánto nacer y morir
Dentro la muerte inmortal!
Jugando a cunas y tumbas
Estaba la Soledad...

De pronto un **pájaro errante**
Cruzó la extensión marina;
“Chojé... Chojé...” repitiendo
Su quejosa mancha iba.

Sepultóse en lontananza,
Goteando: “Chojé... Chojé”...
Desperté y sobre las olas
Me eché a volar otra vez.

Quizás nos recuerde en algo el abandono de la hermana, este fragmento del poema **Selva y mar**, de Vicente Aleixandre:

La espera sosegada,
esa esperanza siempre verde,
pájaro, paraíso, fasto de plumas no tocadas,
inventa los ramajes más altos,
donde los colmillos de música,
donde las **garras poderosas**, el amor que se clava,
la sangre ardiente que brota de la herida,
no alcanzará, por más que el surtidor se prolongue,
por más que los pechos entreabiertos en tierra
proyecten su dolor o su avidez a los cielos azules.

El pájaro es un símbolo que Freud interpretó como fálico únicamente. En una carta que le envió a Jung el 26 de mayo de 1907, en relación a su artículo **El delirio y los sueños de la “Gradiva” de W. Jensen**, dijo:

Tiene razón. He guardado silencio acerca del **pájaro** por razones conocidas de usted: Por consideración al editor y al público, o quizás por la posible influencia demoledora, como usted lo prefiera.

Mas Freud tenía razones más poderosas para no explayarse demasiado sobre este símbolo. En **La interpretación de los sueños** (1900), consignó una de sus pesadillas:

En él, vi que mi madre era traída a casa y llevada a su cuarto por dos o tres personas con picos de pájaro, que luego la tendían en el lecho.

Al referirse a este sueño angustioso afirmó Freud:

...puede referirse esta angustia a un placer sexual oscuramente adivinado, que encontró una excelente impresión en el contenido visual del sueño.

Gabriel de Anzur, el poeta de Algeciras, no creo que haya conocido el sueño de Freud:

Ando sin parar
por todos los senderos,
esquivando lluvias de piedras.
Busco la fuente del prado
donde nace la ternura,
las justas formas sin garras.
Hordas disfrazadas de hombres
me arrojan flechas.
El cielo, lluvias de lágrimas
para lavar mi carne desgarrada.
Y sigo cruzando los senderos,
buscando al hombre
con pico de paloma.

Los poetas suelen exhibir literaria u oralmente sus sueños o sus apariciones, en ocasiones, tales y como les acontecen, y en otras, tergiversando la visión original. Nietzsche (1844-1900), en *Ecce homo*, describe su inspiración:

Si se conserva un mínimo residuo de superstición, resultaría difícil rechazar de hecho la idea de ser mera encarnación, mero instrumento sonoro, mero **medium** de fuerzas poderosísimas. El concepto de revelación, en el sentido de que de repente, con indecible seguridad y finura, se deja ver, se deja oír algo, que le conmueve y trastorna a uno en lo más hondo, describe sencillamente la realidad de los hechos. Se oye, no se busca; se toma, no se pregunta quién es el que da; como un rayo refugle un pensamiento, con necesidad, sin vacilación en la forma (yo no he tenido jamás que elegir). Un éxtasis cuya enorme tensión se desata a veces en un torrente de lágrimas, un éxtasis en el cual unas veces el paso se precipita involuntariamente y otras se torna lento; un completo estar-fuera-de-sí, con la clarísima conciencia de un sinnúmero de delicados temores y estremecimientos que llegan hasta los dedos

de los pies; un abismo de felicidad, en que lo más doloroso y sombrío no actúa como antítesis, sino como algo condicionado, exigido, como un color **necesario** en medio de tal sobreabundancia de luz; un instinto de relaciones rítmicas, que abarca amplios espacios de formas (la longitud, la necesidad de un ritmo **amplio** son casi la medida de la violencia de la inspiración, una especie de contrapeso a su presión y a su tensión...). Todo acontece de manera sumamente involuntaria, pero como en una tormenta de sentimiento de libertad, de incondicionalidad, de poder, de divinidad... La **involuntariedad de la imagen, del símbolo, es lo más digno de atención**; no se tiene ya concepto alguno; lo que es imagen, lo que es símbolo, todo se ofrece como la expresión más cercana, más exacta, más sencilla. Parece en realidad, para recordar una frase de Zarathustra, como si las cosas mismas se acercasen y se ofreciesen para **símbolo** («Aquí todas las cosas acuden acariciadoras a tu discurso y te halagan: pues quieren cabalgar sobre tu espalda. **Sobre todos los símbolos cabalgas tú aquí hacia todas las verdades...** Aquí se me abren de golpe todas las palabras y los armarios de palabras del ser: todo ser quiere hacerse aquí palabra, todo devenir quiere aquí aprender a hablar de mí»).

Hay, pues, poemas en donde no se consigna el hecho de que hubo un sueño que se tornó en leyenda. Veamos el Ursinar, del poeta hindú Viasa (siglo XII a.C.):

Perseguida la tímida paloma
por un buitre, volaba, y en el seno
del monarca Ursinar halló refugio.
—Siempre fuiste, señor, entre los reyes,
dechado de justicia, dijo el buitre:
¿Por qué en mi daño la justicia olvidas?
Mi prescrito alimento no me robes.
Me aflige el hambre: Tu deber no cumples,
si mi comida en tu poder retienes.
—¡Oh, poderoso buitre!, de ti huyendo,
trémula vino la paloma, en busca
de que yo fuese amparo de su vida.
¿Cómo no entiendes que el poder más alto
es para mí salvar de su enemigo
a quien vino en mi seno a refugiarse
y puso en mi lealtad su confianza?
La vaca asesinar —madre del mundo—,



y matar a un brahmán, y al refugiado en angustia dejar y en abandono, tres hechos son iguales en la culpa.
—El alimento todo lo sostiene; tomándola la fiera crece y vive; y si es duro y terrible que lo tome, sin él no puede sostener la vida. Esta fuerza vital me abandonara, hudiéndome en el reino de la muerte, no bien yo repugnase mi alimento; y, yo expirando, luego morirían mi dulce esposa y mis hijuelos caros. Ve, pues, cómo si amparas la paloma, a inevitable muerte me condenas. Lucha un deber con otro. Habiendo lucha, no hay deber verdadero. Sólo cuando no impiden un deber, otros deberes, el deber es real. Si se combaten, siempre el deber mayor cumplir importa. Rey, el deber mayor conoce y cumple.
—¡Sabio y hermoso tu discurso ha sido! ¡Bien del deber penetras la doctrina! ¿De las aves el rey eres acaso, el ínclito Surya, que nadie ignora? Pero, ¿cómo ser lícito, pretendes, al refugiado abandonar? Escoge para ti de mis campos lo que gustes: búfalos, toros, ciervos, jabalíes. Di si algo más para comer te falta, y haré que en el momento lo presenten.
—Yo, de toros y búfalos no vivo; ni jabalíes ni venados quiero. El alimento que el Criador me ha dado, es la paloma. Dame la paloma. La paloma nació con el eterno destino de que el buitre la devore.
—¡Oh, pájaro soberbio!, yo la tierra te doy de los Sivires: cuanto anheles te doy; mas la paloma no me pidas, que a ponerse llegó bajo mi amparo.
—Ursinar, rey del mundo, pues que amas a la paloma tanto, da por ella tu propia carne, en peso equivalente.
—¡Oh, buitre! Fácil es lo que propones. Pondré mi propia carne en la balanza. El rey, sin vacilar, cortó un pedazo de su carne; pesóla, y al pesarla, halló que más pesaba la paloma. Volvió a cortar más carne de su cuerpo, y siempre la balanza se inclinaba de la paloma al mayor peso. Entonces con la sangrienta y destrozada carne,

se puso en la balanza Ursinar mismo.
—Indra soy, rey del cielo, dijo el buitre,
y la paloma es Agni, Dios del fuego,
a probar tu virtud hemos bajado
hasta la tierra; ¡oh, Príncipe piadoso!
Al cortar tú la carne de tu cuerpo
has conquistado en el extenso mundo
eterna fama y clara nombradía;
y hablarán en tu encomio los mortales
mientras dure el asiento que en el cielo
te preparan los dioses. —Así dijo
Indra, y al cielo se elevó glorioso.
También por su virtud, Ursinar justo
el cielo conquistó, y en pos de Indra
subió luciente a la eternal morada.

Contemplemos el poema *De la naturaleza de las cosas*, del latino Tito Lucrecio Caro (99-55 a.C.), en donde veremos la relación del símbolo con el pezón punzocortante:

Madre de los romanos, alma Venus,
deleite de los hombres y los dioses,
que el navegable mar, la tierra fértil,
producidora de los frutos, llenas
con tu nombre divino; tú que el orbe,
que los astros gigantes señoreas;
tú, por quien se conciben los vivientes
y a la luz pura de los cielos nacen;
tú el Aquilón sañudo, tú la bruma
del escarchado invierno al polo ahuyentas:
que apenas apareces, la morada
de Ceres brota flores, te sonríe
el extendido punto y resplandese
con blanda llama el sosegado viento;
y cuando la rosada primavera
abre las puertas del fulgente día
y el amoroso Céfiro, rompiendo
la prisión del ocaso, halaga al mundo,
el coro volador de dulces aves
anuncia tu llegada al tierno pecho
herido con tu arpón; rebaños, fieras
por entre alegres hierbas van saltando,
pasan ligeros los veloces ríos
y el atractivo del placer siguiendo,
doquier las llamas obedientes vuelan;
tú el blando amor esparces, ya en los campos
que pinta el ledo abril, ya en las montañas,
ya en los senos del piélago rugiente.
De amor llenas la selva: amor resuenan
las frondosas mansiones de las aves;
y así del ser la llama fugitiva

por tu divino influjo se propaga.
Inspira tú mi acento: tú que el mundo
y la natura mandas. Nada amable,
nada alegre es sin ti: nada, del día
goza sin ti la refulgente lumbre.

Veamos este romance del ciclo carolingio, llamado de *Doña Alda*, en el cual observaremos un sueño oral regresivo y castrante, y la defensa angustiosa. Este poema lleva una interpretación onírica singular:

En París está Doña Alda,
la esposa de Don Roldán,
trescientas damas con ella
para la acompañar:
todas visten un vestido,
todas calzan un calzar,
todas comen a una mesa,
todas comían de un pan,
si no era Doña Alda,
que era la mayoral.
Las ciento hilaban oro,
las ciento tejen cendal,
las ciento tañen instrumentos
para Doña Alda holgar.
Al son de los instrumentos
Doña Alda adormido se ha:
ensoñado había un sueño,
un sueño de gran pesar.
Recordó despavorida
y con un pavor muy grande,
los gritos daba tan grandes
que se oían en la ciudad.
Allí hablaron sus doncellas,
bien oiréis lo que dirán:
—“¿Qué es aquesto, mi señora,
quién es el que os hizo mal?”
—“Un sueño soñé, doncellas,
que me ha dado gran pesar:
que me veía en un monte
en un desierto lugar;
do so los montes muy altos
un azor vide volar,
tras dél viene un aguililla
que lo ahínca muy mal.
El azor con grande cuita
metióse so mi brial;
el aguililla con grande ira
de allí lo iba a sacar:
con las uñas lo despluma,
con el pico lo deshace.”



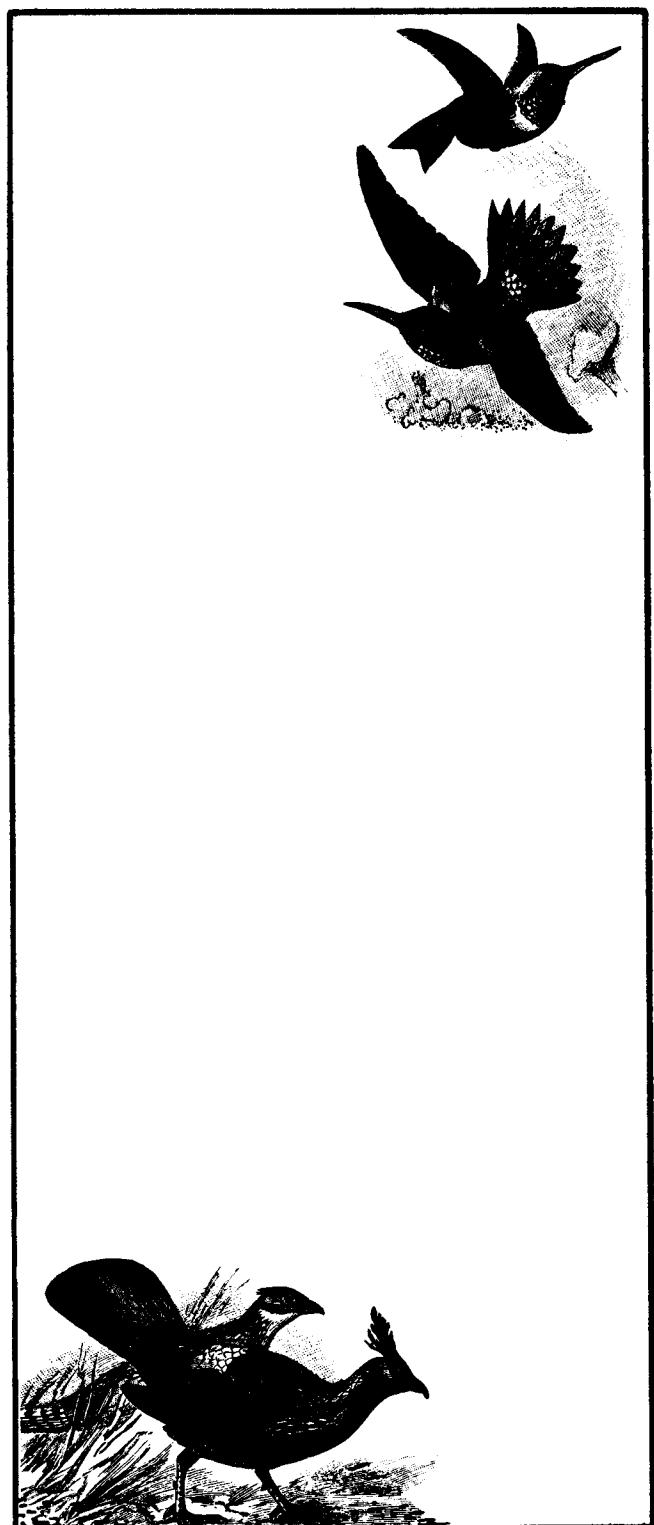
Allí habló su camarera,
bien oiréis lo que dirá:

—“Aquese sueño, señora,
bien os lo entiendo soltar:
el azor es vuestro esposo
que viene de allén la mar;
el águila sedes vos,
con la cual ha de casar,
y aquel monte es la iglesia
donde os han de velar.”

—“Si así es, mi camarera,
bien te lo entiendo pagar.”
Otro día de mañana
cartas de fuera le traen;
tintas venían de dentro,
de fuera escritas con sangre,
que su Roldán era muerto
en la caza de Roncesvalles.

Fray Luis de León (1527-1591), en este fragmento de su poema *Imitación de Petrarca*, tuvo la siguiente visión:

Entré, que no debiera;
hallé por paraíso cárcel fiera.
Cercada de frescura,
más clara que el cristal hallé una fuente
en un lugar secreto y deleitoso;
de entre una peña dura
nacía, y murmurando dulcemente
con su correr hacia el campo hermoso.
Yo, todo deseoso,
lancéme por beber, ¡ay, triste y ciego!
Bebí por agua fresca, ardiente fuego;
y por mayor dolor el cristalino
curso mudó el camino,
que es causa que muriendo
agora viva en sed, y pena ardiendo.
De blanco y colorado
una paloma y de oro matizada,
la más bella y más blanca que se vido,
me vino mansa al lado,
cual una de las dos por quien guiada
la rueda es de quien reina en Pafo y Gnido.
¡Ay! Yo, de amor vencido,
en el seno la puse, y al instante
el pico en mí lanzó cruel, tajante,
y me robó del pecho el alma y vida;
y luego, convertida
en águila, alzó el vuelo;
quedé merced pidiendo yo en el suelo.



Lope de Vega (1562-1635), en **El caballero de Olmedo**, hace que don Alonso relate uno de sus sueños, a los que llamaba revelaciones del alma:

Hoy, Tello, al salir el alba,
con la inquietud de la noche,
me levanté de la cama,
abré la ventana aprisa,
y mirando algunas flores y aguas
que adornan nuestro jardín,
sobre una verde retama
veo ponerse un jilguero,
cuyas esmaltadas alas
con lo amarillo añadían
flores a las verdes ramas.
Y estando al aire trinando
de la pequeña garganta
con naturales pasajes
las quejas enamoradas,
sale un azor de un almendro,
adonde escondido estaba,
y como eran en los dos
tan desiguales las armas,
tiñó de sangre las flores,
plumas al aire derrama.
Al triste chillido, Tello,
débiles ecos del aura
respondieron, y, no lejos,
lamentando su desgracia,
su esposa, que en un jazmín
la tragedia viendo estaba.
Yo, midiendo con los sueños
estos avisos del alma,
apenas puedo alentarme;
que con saber que son falsas
todas estas cosas, tengo
tan perdida la esperanza,
que no me aliento a vivir.

Nietzsche, en **El adivino**, de **Así habló Zarathustra**, nos informó de esta pesadilla tanática:

¡Oíd el sueño que he soñado, amigos, y
ayudadme a adivinar su sentido!

Un enigma continúa siendo para mí este
sueño: su sentido está oculto dentro de él,
aprisionado allí, y aún no vuela por encima
de él con alas libres.

Yo había renunciado a toda vida, así soñaba. En un vigilante nocturno y en guardián de tumbas me había convertido yo allá arriba en el solitario castillo montañoso de la muerte.

Allá arriba guardaba yo sus ataúdes: llenas estaban las lóbregas bóvedas de tales trofeos de victoria. Desde ataúdes de cristal me miraba la vida vencida.

Yo respiraba el olor de eternidades reducidas a polvo: sofocada y llena de polvo yacía mi alma por el suelo. ¡Y quién habría podido airear allí su alma!

Una claridad de medianoche me rodeaba constantemente, la soledad se había acurrucado junto a ella; y, como tercera cosa, un mortal silencio lleno de resuellos, el peor de mis amigos.

Yo llevaba llaves, las más herrumbrosas de las llaves; y entendía de abrir con ellas la más chirriante de todas las puertas.

Semejante a irritado graznido de cornejas corría el sonido por los largos corredores cuando las hojas de la puerta se abrían: **hostilmente chillaba aquel pájaro**, no le gustaba ser despertado.

Pero más espantoso era todavía y más oprimía el corazón cuando de nuevo se hacía el silencio y alrededor todo enmudecía y yo estaba sentado solo en medio de aquel pér-fido callar.

Así se me iba y se me escapaba el tiempo, si es que tiempo había todavía: ¡qué sé yo de ello! Pero finalmente ocurrió algo que me despertó.

Por tres veces resonaron en la puerta golpes como truenos, y por tres veces las bóvedas repitieron el eco aullando: yo marché entonces hacia la puerta.

¡Alpa!, exclamé, ¿quién trae su ceniza a la montaña? ¡Alpa! ¡Alpa! ¿Quién trae su ceniza a la montaña?

Y metí la llave y empujé la puerta y forcéjé. Pero no se abrió ni lo ancho de un dedo:

Entonces un viento rugiente abrió con violencia sus hojas: y entre agudos silbidos y chirridos arrojó hacia mí un negro ataúd:

Y en medio del rugir, silbar y chirriar el ataúd se hizo pedazos y vomitó miles de cajadas diferentes.

Y desde mil grotescas figuras de niños, ángeles, lechuzas, necios y mariposas grandes como niños, algo se rió y se burló de mí y rugió en contra mía.



Un espanto horroroso se apoderó de mí:
me arrojé al suelo. Y yo grité de horror como
jamás había gritado.

Pero mi propio grito me despertó: —y
volví en mí.—

El colombiano Porfirio Barba-Jacob (1883-1942), nos regala con este cuadro en su poema **Acuarimántima**:

En libre vuelo, el cielo de mi América
hender he visto un **cónedor negro**, errante.
¿Qué abismo circunscribe? ¿Qué intacta nieve
augura?
Por las arterias de los ciervos montesinos
discurre para el cónedor la sangre enardecida,
bajo las pieles lúcidas, entre las carnes bellas.
¡La presa viva!, ¡el pico ensangrentado!,
¡el ala pronta!, ¡el ímpetu del vuelo!
Y un delirar de cumbres y centellas.

Observemos la formación ornitofóbica en el poema **Neurosis**, de Francisco Castillo Nájera (1886-1954):

He sentido en mis horas amargas,
Sacudidas que crispan los nervios,
Emociones que agitan el alma,
Indecisos y extraños anhelos;
Una lucha terrible, sangrienta,
He sentido librarse en mi pecho,
¡Y he sentido de una ansia infinita
El potente y furioso aleteo!
Una sed me devora y me abrasa,
Una sed de imprecisos deseos,
Y parecen correr por mis venas
Impetuosos torrentes de fuego.

Una angustia mortal me domina,
Convulsiones que crispan los nervios,
¡Y mi espíritu débil se lanza
En la furia impetuosa del vértigo!
Amalgama de intensos dolores,
Amalgama de extraños tormentos,
He sentido en mis horas de angustia,
En las horas amargas de tedio,
Horas tristes que el alma enloquecen
Y la cubren con trágico velo,
Horas tristes, amargas, siniestras,
De fatiga, pesar, decaimiento,
En que mi alma se siente abrumada
Y la muerte me llama a su seno;
En que siento glacial calosfrío

Que me hiela y sacude los huesos,
Y una fiebre me abrasa implacable
Y furiosa me crispa los nervios!
Yo he sentido toda esa amalgama,
En mis pávidas noches de enfermo,
En las horas de intensa neurosis,
Cuando un buitre desgarra mi pecho,
¡Y parece beberse mi sangre,
Y en pedazos romper mi cerebro!

La argentina Blanca Rosa González Barlett simbolizó su trauma infantil, en su **Elogio a la muerte**:

¡Oh muerte vengadora! ¡muerte fiera...
que traspasas la llama del misterio
y libras de este rudo cautiverio
a las almas dolientes de la tierra!

¡Soy yo quien te proclama triunfadora
y soy quien te reclama aquí presente!
Eres sí nuestro amparo, ¡sí!, la fuente
que separa la noche de la aurora...

Eres quien al rasgar esas tinieblas
con que envuelves tu mano redentora,
nos defiendes del **ave carnícera**
que con curvado pico nos devora
y ensañando sus uñas placenteras
nos araña la entraña hora por hora.





Escuchemos los lamentos insomnes de Vicente Gaos, quien en su poema *Pájaros* se defiende ante la idea de ser muerto por los pezones malignos:

Como aves espirituales se abalanzan mis inquietudes en bandada y vienen a hostigarme en la noche, en la honda noche. ¿Qué puedo hacer yo, solo e indefenso, para librarme de sus corvos picos, de sus buidas garras, de sus ojos que implacables reflejan lo más negro de la vida y la muerte? ¿De sus alas raudas, pero tenaces, pegajosas, que me azotan el rostro y huyen, vuelven y huyen de nuevo, helándome la piel? Dormir, dormir, dormir, cerrar los párpados, arrebujiarme y acogerme al lecho de blanda soledad. Pedir — ¿a quién? — que el vuelo de esas aves, que su ronda no traspase los límites del sueño, no me persiga más allá, no cruce de par en par la noche, la ancha noche, la alta noche; que cese ya ese ataque de picos, garras, alas, ojos que implacables reflejan lo más negro de la vida y la muerte, penetrando hasta las lindes del sufrir del hombre.

Dormir, dormir, dormir, dormir sin sueños, sin pesadillas, sin pavor, frontera a ese terror en pie de nuestra vida. Acogerme a la almohada, hundir en ella el rostro, y con los párpados cerrados, solo y tendido anticipar la noche grande, la noche última, la noche a la que nunca llegarán las aves que ahora me cercan en su insomne ronda.

Venga esa noche a mí, cese el acoso de oscuras inquietudes. Que la vida cese ya. No más sueños. Que la nada —sin pájaros, sin sombra, sin terrores— me acoja blanda. Y cese yo al fin de ser hombre: soledad de soledades.

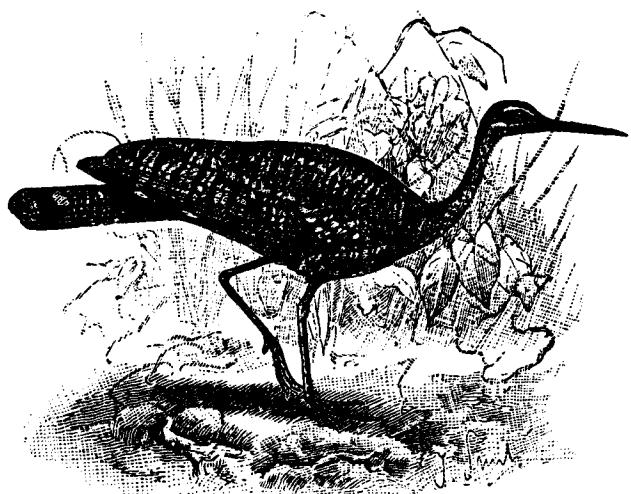
El guanajuatense Eduardo Lizalde en su poema *¡Ay, Prometeo! Ya miro bien tus fieras*, también sufre en sus sueños la presencia simbólica del pezón devorador:

¡Ay, Prometeo! Ya miro bien tus fieras y entrañas nutritivas. Termina el túnel del sueño cotidiano, pero irrumpre a una luz más deslucida que el negror de los sueños.

Tumba es la luz y lápida del sueño sepultado en el pecho como una gallinaza que golpea por dentro en la vigilia y vuela al fondo abriendo carnes con sus ganchos cuando duermo. Y ella está muerta ahí, en la coyuntura de sueño y luz, con una muerte activa de perra que va y viene por su jaula, del sueño al mundo, del mundo al sueño, comiéndome las vísceras como una eterna goma de mascar.

Guillermo Ibáñez, argentino, en *Poema 21*, se le presentó esta imagen:

La noche engendra un corazón ávido como ave de rapiña
La noche borra las esperanzas de encontrar dulzor
La noche agria mi corazón que es un ave de rapiña sin alturas ni vuelos.



Recordemos el verso de Edgar Allan Poe (1809-1849), llamado **El cuervo**:

“¡Partirás, pues has mentido,
o ave o diablo!” clamé, erguido.
¡Ve a tu noche platoniana!
¡goza allá la tempestad!
¡Ni una pluma aquí sombría,
me recuerde tu falsía!
¡Abandona ya este busto!
¡deja en paz mi soledad!
¡Quita el pico de mi pecho!
¡deja mi alma en soledad!
Dijo el Cuervo: «Nunca más.»

El argentino Guillermo Ibáñez también proyectó sus adaptaciones tanáticas:

Entre los buitres de los sueños
Entre los buitres angelicales
monstruosamente acicalados, surge el fuego,
hecho por el tedio de los volcanes interiores
Por eso en la noche de todos los silencios
y de la gruta estrellada,
los papeles y los ojos se mezclan
en habladurías

En **Hallazgos, ideas, problemas**, en relación con el tener y el ser en el niño Freud expresó:

El niño prefiere expresar la relación objetal mediante la identificación: «Yo soy el objeto.» El tener es ulterior, y vuelve a recaer en el ser una vez perdido el objeto. Modelo, el pecho materno. «El pecho es una parte mía; yo soy el pecho» Más tarde, tan sólo: «Yo lo tengo» es decir: «Yo no lo soy...»

Veamos un ejemplo de cómo Neruda totemizó el pezón materno en su poesía **El pájaro yo**:

Me llamo pájaro Pablo,
ave de una sola pluma,
volador de sombra clara
y de claridad confusa,
las alas no se me ven,
los oídos me retumban
cuando paso entre los árboles
o debajo de las tumbas
cual un funesto paraguas
o como espada desnuda,
estirado como un arco

o redondo como una uva,
vuelo y vuelo sin saber,
herido en la noche oscura,
quiénes me van a esperar,
quiénes no quieren mi canto,
quiénes me quieren morir,
quiénes no saben que llego
y no vendrán a vencerme,
a sangrarme, a retorcerme
o a besar mi traje roto
por el silbido del viento.
Por eso vuelvo y me voy,
vuelo y no vuelo, pero canto:
soy el pájaro furioso
de la tempestad tranquila.

En el poema **Siesta**, Alfonsina Storni (1892-1938), sufrió una identificación con el pezón devorado por el pecho maligno:

Se oye un pequeño ruido:
entre las pajas mueve
su cuerpo amosaicado
una larga serpiente.
Ondula con dulzura.
Por las piedras calientes
se desliza, pesada,
después de su banquete
de dulces y pequeños
pájaros aflautados
que le abultan el vientre.

Veamos la disociación simbólica de pecho y pezón que intuyó José Santos Chocano (1875-1934), en su poema **Las orquídeas**:

En los nudos de un tronco hacen escalas,
y ensortijan sus tallos de serpientes,
hasta quedar en la altitud pendientes,
a manera de pájaros sin alas.

En su libro **poemas amorosos**, Vicente Alejandro (n. 1898), nos muestra en su **Cobra** la separación del pecho y el pezón:

La cobra toda ojos,
bulto echado la tarde (baja, nube),
bulto entre hojas secas,
rodeada de corazones de súbito parados.





Relojes como pulsos
en los árboles quietos son **pájaros cuyas
gargantas cuelgan**,
besos amables a la cobra baja
cuya piel es sedosa o fría o estéril.

Cobra sobre cristal,
chirriante como navaja fresca que deshace a una
virgen,
fruta de la mañana,
cuyo terciopelo aún está por el aire en forma de
ave.

José Jurado Morales, en *Pena y llanto de la casada infiel*, pone en boca de su personaje la siguiente imagen zoológica:

Dame olores y rocíos
de entre noche y madrugada,
cuando los silencios cruzan
como sombras asustadas,
y quedan mudos los grillos,
y quietas quedan las ranas,
y se enroscan las **culebras**,
de **pájaros ya empachadas**.

Todo poeta ha sufrido en su infancia un trauma oral, razón por la cual simboliza frecuentemente el recuerdo del pecho devorante en forma zoófica; v.b.g.: la serpiente, el tigre, etc., o bien aves de presa como el águila y el buitre. El pájaro indefenso, como hemos visto en los últimos ejemplos, simboliza el recuerdo del pezón que el infante consideraba parte integrante de su propio cuerpo (Freud-Ferenczi). Veamos ahora unos ejemplos del símbolo del pájaro.

Luis de Góngora (1561-1627) relacionó el símbolo oral al gozo inconsciente en el rechazo, en esta décima:

Guerra me hacen dos cuidados
de contrarios accidentes:
uno de males presentes,
otro de bienes pasados.
En la memoria cebados,
voraz símil cada cual
del **buitre** ha sido infernal,
cuyo insaciable desdén
plumas ha vestido al bien,
garras ha prestado al mal.

Francisco de Quevedo (1580-1645) relacionó el símbolo con el gozo inconsciente en el abandono:

Músico llanto en lágrimas sonoras
llora monte doblado en cueva fría,
y destilando líquida armonía,
hace las peñas cítaras canoras.

Ameno y escondido a todas horas,
en mucha sombra alberga poco día:
no admite su silencio compañía,
sólo a ti, solitario, cuando lloras.

Son tu nombre, color, y voz doliente,
señas más que de pájaro, de amante:
puede aprender dolor de ti un ausente.

Estudia en tu lamento y tu semblante
gemidos este monte y esta frente:
y tienes mi dolor por estudiante.

El boliviano Ricardo Jaimes Freire (1870-1933), en su poema **Lustral**, asoció el recuerdo oral-tanático al símbolo ornitofóbico:

Llamé una vez a la visión,
y vino.
Y era pálida y triste, y sus pupilas
ardían como hogueras de martirios.
Y era su boca como un **ave negra**,
de negras alas.
En sus largos rizos
había espinas; en su frente, arrugas.
Tiritaba.
Y me dijo:
—¿Me amas aún?

Sobre sus negros labios
posé los míos;
en sus ojos de fuego hundí mis ojos,
y acaricié la zarza de sus rizos.
Y uní mi pecho al suyo, y en su frente
apoyé mi cabeza.
Y sentí el frío
que me llegaba al corazón, y el fuego
en los ojos.
Entonces,
se emblanqueció mi vida como un lirio.

Enrique González Martínez (1871-1952), mejicano, en su poema **Interrogación**, nos ofrece su adaptación al deseo de ser envenenado por el pezón materno, y las defensas simbólicas consecuentes, que informan de la fase anal sádica:

Y el grito interrogante de una invisible boca
rasgó de los espacios el silencio infinito:
“¿Qué viento os arrebata, despavoridas sombras
que bebisteis locuras en ponzoñosos filtros
y en orgía de sangre os revolcáis ahora?
¿Qué ser irresponsable os perturba el sentido?
¿Qué voz llama en los mares de embravecidas olas?
¿Qué seducción de muerte os empuja al abismo?

Vuestra vida es un canto de atropelladas notas
que un lunático ensaya sin acorde y sin ritmo.”

“Un perverso ha violado los cerrojos del arca
de Pandora a los postres del convivio siniestro,
y la vieja discordia arrojó la manzana
que provoca las iras y los odios fraternos.
Los **vampiros nocturnos** desplegaron las alas
y de **níveas palomas** ahuyentaron el vuelo.
Leviatanes de instintos enrojecen las aguas
incendiando los mundos con sus ojos de fuego.”

“Hace siglos, ¡oh, **buitres insaciables e impuros**,
que husmeáis los festines de **podridas carroñas**!,
hacia el sol elevasteis los altares del culto
y fingisteis deidades con la lluvia y la aurora,
y temblabais de espanto bajo el trueno profundo,
y elevabais un templo a la luna que asoma,
y al pensar en la muerte tiritabais de susto.”

“Y el odio forjó el miedo y separó las razas.
Deidades iracundas endiosaron delitos
y en la cándida tierra dividieron las aguas,
estrujaron los campos y disputaron ríos
en que el árbol bebía su verdor y su savia
y con suaves murmullos endulzaba el camino.
Detuvisteis el paso de las horas doradas
en que todo era nuestro y no tuyos ni míos;
para invocar la muerte elevasteis plegarias,
abristeis las cavernas de todos los instintos,
y en las maternas ubres de leche emponzoñada
abrevaron sedientos los labios de los niños.
Afilasteis las **puntas** que hieren a mansalva,
la codicia del oro despertó el latrocínio,
y los mantos azules del mar y la montaña
se tiñeron con sangre de mendaz heroísmo.”



Leonardo da Vinci



Leopoldo Lugones (1874-1938), en su poema **Lied del pájaro y la muerte**, plasmó su adaptación oral tanática:

Gorjea en su plenitud
el **pajarillo amoroso**,
y en mi pecho silencioso
se angustia una honda inquietud.

Canta, canta, sin cesar,
con trino tan claro y fuerte,
que puede darse la muerte
del exceso de cantar.

Canta, canta su pasión
hasta morir dulce y blando...
¡Tú mueres mejor callando,
valeroso corazón!

José Santos Chocano (1875-1934), en **Letitiae**, relacionó el símbolo a la melancolía y a la muerte:

¡Alégrate, juventud!

Melancolía prematura
quiere amenguar los bríos de tu savia viril.
¡Cede al amor el pecho
y enguirnalda tus sienes como un ramo de abril!

Sobre las tumbas de tus padres
debes pasar tu arado; si abres el ataúd,
verás tú cómo se escapan
pájaros resonantes que te dicen a coro:

¡Alégrate, juventud!

En el poema **últimas lamentaciones de Abel Martín**, relacionó Antonio Machado (1875-1938), en un sueño, el símbolo del pezón al fenómeno de petrificación:

Soñé la galería,
al huerto de ciprés y limonero:
tibias **palomas en la piedra fría**,
en el cielo de añil, rojo pandero,
y en la mágica angustia de la infancia
la vigilia del ángel más austero.

La ausencia y la distancia
volví a soñar con túnicas de aurora;
firme en el arco tenso la saeta
del mañana, la vista aterradora
de la llama prendida en la espoleta
de su granada.

Veamos este fragmento del poema **Los ojos negros de Julieta**, de Julio Herrera y Reissig (1875-1910) :

¡Son cual osiánicas nubes
que dan vértigo y desmayo;
con el relámpago alumbran,
para matar con el rayo!
¡Son los **negros ruiñores**
de mis noches de insosiego:
son dos duendes emboscados
en un castillo de fuego!

Volvamos a ver la disociación entre pecho y pezón, en el poema de Delmira Agustini (1887-1914) intitulado **El dios duerme** y dedicado **A Julieta en la tumba de Julio**:

El dios duerme su gloria a tu amparo, Julieta;
una lanza de amor en tu brazo sonrosa;
su **berceuse** fue blanca, tu **berceuse** es violeta...
Eres rosa en su lecho, eres lirio en su fosa.

—Las **serpientes** del mundo, apuntadas, acechan
las **palomas celestes** que en tu carne sospechan.

El dios duerme, Julieta; su almohada es de
estrellas
pulidas por tu mano, y tu sombra es su manto;
la veladora insomne de tu mirada estrellas
en la noche, rival única de tu encanto.

—Y las bellas serpientes encendidas, meditan
en las suaves palomas que en tu cuerpo dormitan.

Y el dios despertará, nadie sabe en qué día,
nadie sueña en qué tierra de glorificación.
Si se durmió llorando, que al despertar sonría...

En el vaso de luna de tu melancolía
salva como un diamante rosa tu corazón.

¡Y sálvalo de Todo sobre tu corazón!



Analicemos la poesía **Otra estirpe**, también de la egregia uruguaya Delmira Agustini:

Eros, yo quiero guiarte, Padre ciego...
pido a tus manos todopoderosas
¡su cuerpo excelso derramado en fuego
sobre mi cuerpo desmayado en rosas!

La eléctrica corola que hoy despliego
brinda el nectario de un jardín de Esposas;
para sus **buitres** en mi carne entrego
todo un enjambre de **palomas rosas**.

Da a las dos sierpes de su abrazo, crueles,
mi gran tallo febril... Absintio, mieles,
vírteme de sus venas, de su boca...

¡Así tendida, soy un surco ardiente
donde puede nutrirse la simiente
de otra Estirpe sublimemente loca!

Alfonsina Storni (1892-1938), en su poema **Irremediamente mujer**, relaciona la adaptación masoquista oral al símbolo devorante:

Tú pasarás por mí, sobre una fuente,
en un vuelo soberbio de **pájaro de presa**;
te beberás el agua de la vida que mana
y te irás por los cielos a buscar primaveras.

Se quedará la fuente manando siempre el agua,
rebosará la linfa donde bebieras, ave,
y en las tarde de oro, cuando queme la tierra,
soñará con tus alas de brillante plumaje.

Puede ser que algún día, nuevamente de paso,
vuelvas por un momento a posar en la fuente,
y el agua que la llena, inexperta nacida,
te dirá como entonces: —Ave de presa, bebe...

Juana de Ibarbourou (n. 1895), en su poema **Las lenguas de diamante**, de su libro **La luz interior**, plasmó este cuadro de adaptación al rechazo oral:

Bajo la luna llena, que es una oblea de cobre,
Vagamos taciturnos en un éxtasis vago,
Como sombras delgadas que se deslizan sobre
Las arenas de bronce de la orilla del lago.

Silencio en nuestros labios una rosa ha florido.
¡Oh, si a mi amante vencen tentaciones de hablar!,
La corola, deshecha, como un **pájaro herido**,
Caerá, rompiendo el suave misterio sublunar.

¡Oh dioses, que no hable! ¡Con la venda
más fuerte
Que tengáis en las manos, su acento sofocad!
¡Y si es preciso, el manto de piedra de la muerte
Para formar la venda de su boca, rasgad!

Yo no quiero que hable. Yo no quiero que hable.
Sobre el silencio éste, ¡qué ofensa la palabra!
¡Oh lengua de ceniza! ¡Oh lengua miserable,
No intentes que ahora el sello de mis labios te
abra!

¡Bajo la luna-cobre, taciturnos amantes,
Con los ojos gimamos, con los ojos hablamos.
Serán nuestras pupilas dos lenguas de diamantes
Movidas por la magia de diálogos supremos!

Juan Ramón Jiménez (1881-1958), de su libro **Perfume y nostaljia**, nos ofrece este poema, en el que relaciona el pezón con el recuerdo de la muerte por hambre:

A la luna de oro, en un tropel, volvían
los rebaños; el agua dormida de la fuente
tenía en su cristal **pájaros que jemían**
y las tristezas amarillas del poniente.

Un grillo vacilaba, y las confusas flores
del blando prado unjían la brisa taciturna,
y, en la vereda, retardaban los amores
la dulce languidez de la vuelta nocturna...

Sueños adolescentes volaban de las cosas,
el mundo era romántico, las penas eran bellas,
y los pechos se abrían, con fragancia de rosas,
a la luz intranquila de las verdes estrellas...

León Felipe (1884-1968), en **Oda rota**, relacionó la face oral traumática con el símbolo del pezón:

¡Ah! ¡Si yo hubiese inventado la manera
de dominar el mar...:
la amargura del mar!



O si le hubiese amputado el **pico al pájaro del pecho**
para que no perturbase la blanca impavidez
de las pecheras almidonadas...

Alfonso Reyes (1889-1959), en **Ifigenia cruel**, relacionó el símbolo del pezón con el de la leche:

¡Virtud escasa, voluntad escasa!
¡Pajarillo cazado entre palabras!
Si la imaginación, henchida de fantasmas,
no sabrá ya volver del barco en que tú partas,
la lealtad del cuerpo me retendrá plantada
a los pies de Artemisa, donde renazco esclava.

Robarás una voz, rescatarás un eco;
un arrepentimiento, no un deseo.
Llévate entre las manos, cogidas con tu ingenio,
estas dos conchas huecas de palabras: ¡No quiero!

César Vallejo (1892-1938), en **Ausente**, relacionó el símbolo del pájaro con el gozo inconsciente en el abandono:

¡Ausente! La mañana en que me vaya
más lejos de lo lejos, al Misterio,
como siguiendo inevitable raya,
tus pies resbalarán al cementerio.

¡Ausente! La mañana en que a la playa
del mar de sombra y del callado imperio,
como un **pájaro lúgubre** me vaya,
será el blanco panteón tu cautiverio.

Se habrá hecho de noche en tus miradas;
y sufrirás, y tomarás entonces
penitentes blancuras laceradas.

¡Ausente! ¡Y en tus propios sufrimientos
ha de cruzar entre un llorar de bronces
una jauría de remordimientos!

En **Avestruz**, además plasmó un cuadro oral-tanático:

Melancolía, saca tu dulce pico ya;
no cebes tus ayunos en mis trigos de luz.
Melancolía, ¡basta! ¡Cuál beben tus puñales
la sangre que extranjera mi sanguijuela azul!

No acabes el maná de mujer que ha bajado;
yo quiero que de él nazca mañana alguna cruz,
mañana que no tenga yo a quién volver los ojos,
cuando abra su gran O de burla el ataúd.

Mi corazón es tiesto regado de amargura;
hay otros viejos pájaros que pastan dentro de él...
Melancolía, deja de secarme la vida,
¡y desnuda tu labio de mujer...!

Vicente Aleixandre (n. 1898), en fragmento de su poema **Soy el destino**, relacionó la piedra con el pezón:

Yo no quiero leer en los libros una verdad
que poco a poco sube como un agua,
renuncio a ese espejo que
dondequieras las montañas ofrecen,
pelada roca donde se refleja mi frente
cruzada por unos pájaros cuyo sentido ignoro.

En el poema **El silencio**, proyectó el recuerdo de su cansancio de hambre:

Miró, miró por último y quiso hablar.
Unas borrosas letras sobre sus labios aparecieron:
—Amor. Sí, amé. He amado. Amé, amé mucho.—
Alzó su mano débil, su mano sagaz,
y un **pájaro** voló súbito en la alcoba.
—Amé mucho—, el aliento aún decía.
Por la ventana negra de la noche
las luces daban su claridad
sobre una boca
que no bebía ya de un sentido agotado.
Abrió los ojos. Llevó su mano al pecho y dijo:
—Oídme.—
Nadie oyó nada. Una sonrisa oscura
veladamente puso su dulce máscara
sobre el rostro, borrándolo. Un soplo sonó:
—Oídme.—
Todos, todos pusieron su delicado oído.
—Oídme.—
Y se oyó puro, cristalino, el silencio.

En **Los besos**, asoció el pezón a la castración:

No te olvides, temprana, de los besos un día.
De los besos alados que a tu boca llegaron.
Un instante pusieron su plumaje encendido
sobre el puro dibujo que se rinde entreabierto.

Te rozaron los dientes. Tú sentiste su bulto.
En tu boca latiendo su celeste plumaje.
Ah, redondo tu labio palpita de dicha.
¿Quién no besa pájaros cuando llegan, escapan?

Entreabierta tu boca vi tus dientes blanquísimos.
Ah, los pieos delgados entre labios se hunden.
Ah, picaron celestes, mientras dulce sentiste
que tu cuerpo ligero, muy ligero, se erguía.

¡Cuán graciosa, cuán fina, cuán esbelta reinabas!
Luz o pájaros llegan, besos puros, plumajes.
Y oscurecen tu rostro con sus alas calientes,
que te rozan, revuelan, mientras ciega tú brillas.

No lo olvides. Felices, mira, van, ahora escapan.
Mira: vuelan, ascienden, el azul los adopta.
Suben altos, dorados. Van calientes, ardiendo.
Gimen, cantan, esplenden. En el cielo deliran.

Emilio Prados (1899-1962), creó el símbolo del pezón en torno a su muerte:

Desde mi sangre ¡qué clavos,
como gusanos de hierro
arrastrando por mis venas
vendrán a mis ojos, lentos,
para podrírlos! ¡Qué fríos
el pájaro y la raíz
desclavarán sus espejos!...
Mi carne, como agua turbia,
los sostendrá, hasta que ciego
el límite se deshaga
y, libres, desde mi cuerpo
—recuerdo ya de mi paso—,
vuelvan al árbol y al viento.
¡Qué dolor de desprendido
me irá clavando el silencio!
Pero ¡qué luz me hará, firme,
pájaro y árbol ya eterno!

Jorge Luis Borges (n. 1899), en su poema *Fragmento*, se defiende contra sus imágenes zoofóbicas:

Una espada para la mano
que regirá la hermosa batalla, el tejido de
hombres,
una espada para la mano
que enrojecerá los dientes del lobo
y el despiadado pico del cuervo,
una espada para la mano

que prodigará el oro rojo,
una espada para la mano
que dará muerte a la serpiente en su lecho de oro,
una espada para la mano
que ganará un reino y perderá un reino,
una espada para la mano
que derribará la selva de lanzas.
Una espada para la mano de Beowulf.

En *El enemigo generoso*, nos ofrece un símbolo ornitológico singular:

Que en tus ejércitos militen
el oro y la tempestad, Magnus Barfod.
Que mañana, en los campos de mi reino,
sea feliz tu batalla.
Que tus manos de rey tejan terribles la tela de
la espada.
Que sean alimento del cisne rojo
los que se oponen a tu espada.
Que te sacien de gloria tus muchos dioses,
que te sacien de sangre.
Que seas victorioso en la aurora,
rey que pisas a Irlanda. Que de tus muchos días
ninguno brille como el día de mañana.



Recordemos uno de los primeros poemas que escribió Alfonso Reyes:

¡Viajero, a tu amor el jugo daré
de mi uva carnal, **mi rojo pezón**,
y el dios cantará ruidoso ¡evohé!
como una ovación!

Recordemos la escena de Goethe, en la que Fausto da a conocer a Mefistófeles la razón por la cual había rechazado a una linda muchacha que lo invitaba a bailar:

“¡Ah! En medio del canto, saltó de su boca un **ratoncillo colorado**.”

Rafael Alberti (n. 1902), en su poema **Los ángeles crueles**, también asocia el símbolo del ave, a la muerte:

Pájaros, ciegos los picos
de aquel tiempo.
Perforados,
por un **rojo alambre** en celo,
la voz y los albedríos,
largos, cortos, de sus sueños:
la mar, los campos, las nubes,
el árbol, el arbolillo...
Ciegos, muertos.

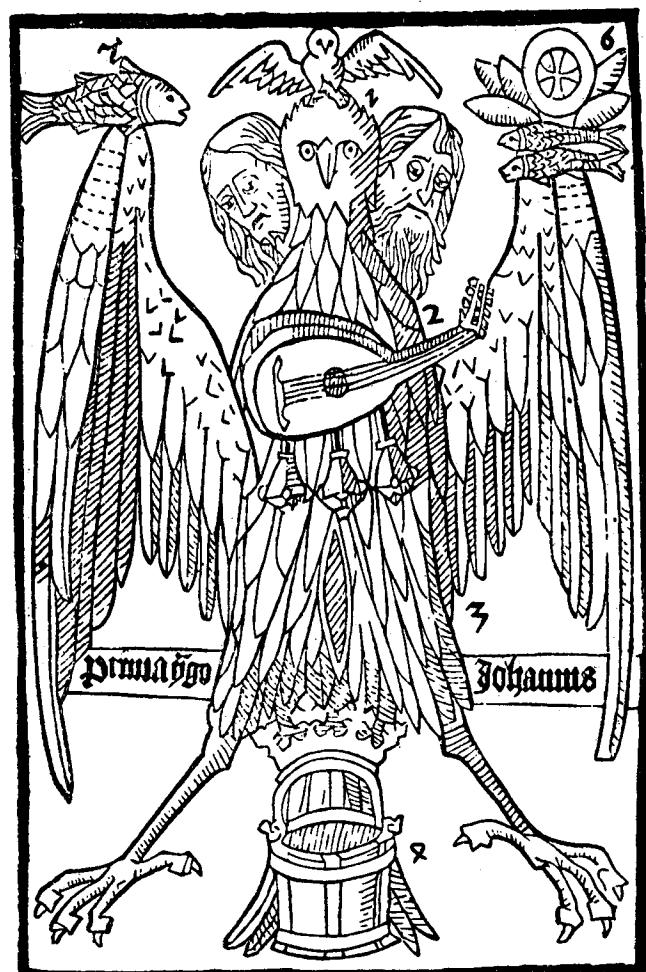
—¡Volad!
—No podemos.
¿Cómo quieres que volemos?—

Jardines que eran el aire
de aquel tiempo.
Cañas de la ira nocturna,
espolazos de los torpes,
turbios vientos,
que quieren ser hojas, flor,
que quieren...
¡Jardines del sur, deshechos!
Del sur, muertos.

—¡Airead!
—No podemos.
¿Cómo quieres que aireemos?—

En tus manos,
aún calientes, de aquel tiempo,
alas y hojas difuntas.

Enterremos.



En **Sueño, fracaso**, lo asoció a la castración:

Esqueleto de níquel. Dos gramófonos de plata, sin aguja, por pulmones. ¡Oh, cuerpo de madera, sin latido!

¿Cómo olvidarte a ti, rosa mecánica, impasible, de pie, bajo el eléctrico verdor frío, cerrada como un mueble?

¿Cómo olvidar, ¡oh, di!, que tu melena, **cuervo sin savia y vida**, rodó, triste, de mi caricia igual, al desengaño?

Sin cabeza, a tus pies, sangra mi sueño. ¿Cómo hacerle subir hasta mi frente, retornar, flor mecánica, mentira?

¡Abrid las claraboyas! ¡Rompe, luna, daga adversa del viento, que me ahogo, romped, herid, matad ese retrato!

Y dadle cuerda al sol, que se ha fundido.

En **Angel falso**, lo asoció tanto a la castración como a la muerte:

¿Para qué seguir andando? Las humedades son íntimas de los vidrios en punta y después de un mal sueño la escarcha despierta clavos o tijeras capaces de helar el luto de los cuervos.

Todo ha terminado. Puedes envanecerte, en la cauda marchita de los cometas que se hunden, de que mataste a un muerto, de que diste a una sombra la longitud desvelada del llanto, de que asfixiaste el estertor de las capas atmosféricas.

Miguel Hernández (1910-1942), en su poema **Sino Sangriento**, también relacionó el símbolo con la adaptación tanática:

En su alcoba poblada de vacío donde sólo concurren las visitas, **el picotazo y el color de un cuervo**, un manojo de cartas y pasiones escritas, un puñado de sangre y una muerte conservo.

Octavio Paz (n. 1914), en **Pausa**, también asoció el símbolo a la petrificación:

Llegan
Unos cuantos **pájaros**
Y una idea negra.

Rumor de árboles,
Rumor de trenes y motores,
¿Va o viene este instante?

El silencio del sol
Traspasa risas y gemidos,
Hunde su pica
Hasta el grito de piedra de las piedras.

Sol-corazón, piedra que late,
Piedra de sangre que se vuelve fruto:
Las heridas se abren y no duelen,
Mi vida fluye parecida a la vida.

Luis Cernuda (1902-1963), en su poema **La fuente**, asoció el símbolo al recuerdo oral petrificadorante:

Hacia el pálido aire se yergue mi deseo, fresco rumor insomne en fondo de verdura, como esbelta columna, mas truncada su gracia corona de las aguas la calma ya celeste.

Plátanos y castaños en lisas avenidas se llevan a lo lejos mi suspiro diáfano, de las sendas más claras a las nubes ligeras, con el lento aleteo de las **palomas grises**.

Al pie de las estatuas por el tiempo vencidas, mientras copio su **piedra**, cuyo encanto ha fijado mi trémulo **esculpir de líquidos momentos**, única entre las cosas, muero y renazco siempre.

Este brotar continuo viene de la remota cima donde cayeron dioses, de los siglos pasados, con un dejo de paz, hasta la vida que dora vagamente mi azul ímpetu helado.

Por mí yerran al viento apaciguados dejos de las viejas pasiones, glorias, duelos de antaño y son, bajo la sombra naciente de la tarde, misterios junto al vano rumor de los efímeros.



El hechizo del agua detiene los instantes:
soy divino rescate a la pena del hombre,
forma de lo que huye de la luz a la sombra,
confusión de la muerte resuelta en melodía.

José Suárez Carreño (n. 1915), mejicano, en su poema **El viento lejano**, asoció el pájaro a los símbolos de la piedra y de la luz:

La soledad de la noche
es dura como la piedra
de las rocas: siglos mudos,
oscura y lenta materia.
Luz de luna sin destino.
Fría y sin amor, desierta.
Luz que se pierde en las hondas
masas del frío. La sierra
sin nadie. La luna sola.
En el bosque la madera.
El viento se pierde lejos,
ave triste, angustia lenta
que no es el cielo ni el monte,
que no es carne, luz, ni piedra.

Germán Bleiberg (n. 1915), madrileño, simbolizó el pezón en esta regresión oral:

Cuando volvamos a ese manantial de amor,
cuando volvamos a nosotros mismos,
olvidando las zarzas surgiendo del sendero,
los negros abismos que nos alejan
durante dolores, al parecer, invulnerables,
comprenderemos que la libertad
hay que buscarla en playas
de anónimas ondas,
donde la vida es una fruta
cada día arrancada del árbol firme
creciendo en nosotros mismos.

Y cuando **cenicientos pájaros** nos instalen
en la vertiente opuesta del ensueño,
como exangües héroes
cansados de la estéril batalla
que ninguna victoria corona,
en la sombra proyectada del olvido
aún musitará una flor herida
la canción de nuestras huellas silenciosas,
huellas rezumando eternidad,
porque habremos aprendido
que el amor es el vivo principio nuestro
de cada día,
principio fulgido entre tinieblas,
cuando volvamos al manantial,

donde el mundo finge su origen,
su cálido resollo,
su involuntario nacimiento.

La madrileña Gloria Fuertes (n. 1918), en su poema **Los bosques de Pensilvania**, relacionó el símbolo a la castración y a la muerte:

Cuando un árbol gigante se suicida,
harto de estar ya seco y no dar **pájaros**,
sin esperar al hombre que lo **tale**,
sin esperar al viento,
lanza su última música sin hojas
—sinfónica explosión donde hubo nidos—,
crujen todos sus huesos de madera,
caen dos gotas de savia todavía
cuando estalla su tallo por el aire,
ruedan sus toneladas por el monte,
lloran los lobos y los ciervos tiemblan,
van a su encuentro las ardillas todas,
presintiendo que es algo de belleza que muere.

Rafael Morales (n. 1919), poeta de Talavera de la Reina, relacionó a la soledad con el pecho devorador, en su poema **Paisaje**:

Qué silencio tan grande el de este campo,
qué vastas y dormidas soledades,
qué inmensidad vacía, qué tremenda
tristeza derramada por los aires.

La sierra se derrumba lentamente
sobre la mansa angustia de los valles
que elevan puros, asombrados, ciegos,
el encendido grito de los árboles.

El cielo es plomo gris que se derrumba
sobre el pavor silente del paisaje,
es un **inmenso buitre hambriento** y sordo,
un infinito dios amenazante.

El poeta ovetense Angel González (n. 1925), relacionó el símbolo del pezón materno con el incógnito símbolo de la luz:

Milagro de la luz: la sombra nace,
choca en silencio contra las montañas,
se desploma sin peso sobre el suelo
desvelando a las hierbas delicadas.

Los eucaliptos dejan en la tierra
la temblorosa piel de su alargada
silueta, en la que vuelan fríos
pájaros que no cantan.



Una sombra más leve y más sencilla, que nace de tus piernas, se adelanta para anunciar el último, el más puro milagro de la luz: tú contra el alba.

La uruguaya Delia Horta de Merello, en su poema **Canto amparado**, también plasmó esta relación:

¿De qué mínimo encanto vendrá lo que se aguarda?
¿Cómo estarás de extática y alerta
cuando a las sienes descienda
maravillada aureola con las luces más finas,
amarando tu canto, que es fuga muchas veces,
en la órbita azul?

Símbolos, aristas sin sus métricas,
rosados pájaros, oculto abrazo,
estructura de plata, besos trágicos, todo,
todo será contigo en el instante
del alumbramiento.
Y el canto surgirá inviolado, celeste,
¡revelación fugaz, que para siempre queda!

Dolores de la Cámara, española, en su libro **Diálogo con la soledad**, nos ofrece este ejemplo donde relacionó el símbolo del ave, a la adaptación inconsciente a la muerte por hambre:

Vivir vida sedienta, mi más negro destino;
extrañas voces locas definen mi elegir,
las luces de mi fuente huyeron del camino,
los pájaros del tiempo dejaron de existir.
¡Oh, mil hojas del árbol del sueño que no vino!
¿Qué esculturas azules dejaron de esculpir?
Tal vez vivan la queja salobre que adivino
en esta noche larga de mi absurdo pedir.
Venero y cauce secos; su muerte la defino,
minuto por minuto con ronco devenir,
en el suspiro ausente que siempre me culmino.

Eduardo Alvarez Tuñón, desde la Argentina nos envió su libro **Pueblos entre la mano y el árbol**, en donde se observan su ornitomanía y la idea de morir:

Porque sujetan los ojos a las lunas,
yo camino hacia los cementerios,
dejando en las miradas
mis poemas no escritos.
¿Es cierto que de los muertos nacen ciudades,
hombres que han llovido, mujeres que no besan,
calles sin carnavales ni destierros?

Quizás un día la muerte sea un poema no escrito,
y un poema no escrito una sangre lejana
de barrilete herido.

Dímelo boca que también fue niño,
porque mis hermanos solían salir de noche,
a mojar las banderas, a recordar antiguos motines
ya invernados, besarse con maderas,
cantar pequeños himnos, profetizar hermanos.

Porque todo es un pájaro;
cuando trajeron la noticia de su muerte
los poetas amados escribieron
sus versos en lenguaje de árboles.
Todos mis amigos murieron separados;
y que creí que la amistad era
estar enamorado de la muerte;
juro que escribiré un poema a todo el que se
muera,
como el mar crea un niño para luego matarlo,
porque un niño de espuma no ilumina naranjos.
En el país de las lluvias. ¿Recuerdas mis hermanos?
Circos de amaneceres son los muertos;
maldito pozo azul de querer amarles la mirada.

La uruguaya Elsa Baroni de Barreneche nos ofrece esta imagen regresiva en **Númenes acervos**:

En esta primavera de **pájaros perdidos**,
yo advierto extraños miedos
y absurdos desvaríos.
¿Por qué manchan las calles
parduzcas amapolas
y es acero afilado
la palabra en el viento?
¿Por qué tienen los jóvenes
un surco entre los ojos
y las pupilas frías
como cuentas de vidrio?
¿Dónde está la alegría
que es aroma del alma
y promesa de frutos
madurados en tiempo?
¿La de las mariposas
que se enredan al aire
como abanicos vivos
engarzados de gemas?
Yo he salido a buscarla,
corazón,
pecho adentro,
y la encuentro abatida
como un niño sin juegos.
¡Aprisa, entraña mía!



¡Florece tus rosales!
¡Toda tu sangre roja
se vuelva en flores tibias!
¡Que con uñas y dientes
desgarraré la entraña
y tal como el pelícano
la entregaré a los niños!

Ahora leamos estos sonetos tomados del libro **Música de percusión**, del colombiano Helcías Martán Góngora, en donde se relaciona el símbolo ornitológico a la fase oral sexual:

El mastín de mis ojos va contigo,
va con tu sombra, va con tu mirada,
va con la huella de tu voz cantada,
con tu silencio va como testigo.

Va con tu día por el mar del trigo,
por el desierto de la madrugada,
lebrel de claridad enamorada
sigo tu cuerpo y tu beldad persigo.

El halcón prisionero de tu boca
vuela tras las palomas de tus manos
y el viento azor de la pasión convoca.

Rescatado a tus límites serenos,
en la noche, jaurías y **milanos**
montan guardia de amor junto a tus senos.

•

Desnuda sobre el lecho de caoba
—llama en la cima de la esperanza—
confías que el fervor de la vigilia
rompa el cristal del alba.

Depositaria de la íntima lumbre,
en ti principia y acaba el fuego,
sin dar a luz la palma o el arbusto
en el nocturno incendio.

Soy la sombra ancestral que te rodea
las almenas sin muros de tu cuerpo,
aldea del amor y las **palomas**
sin lácteos manantiales en los senos.

Mejor así para que el surco tuyo
no dé frutos al hambre y al tedio.
Cerrada la puerta, al fin de nosotros,
nadie repetirá las canciones sin eco.

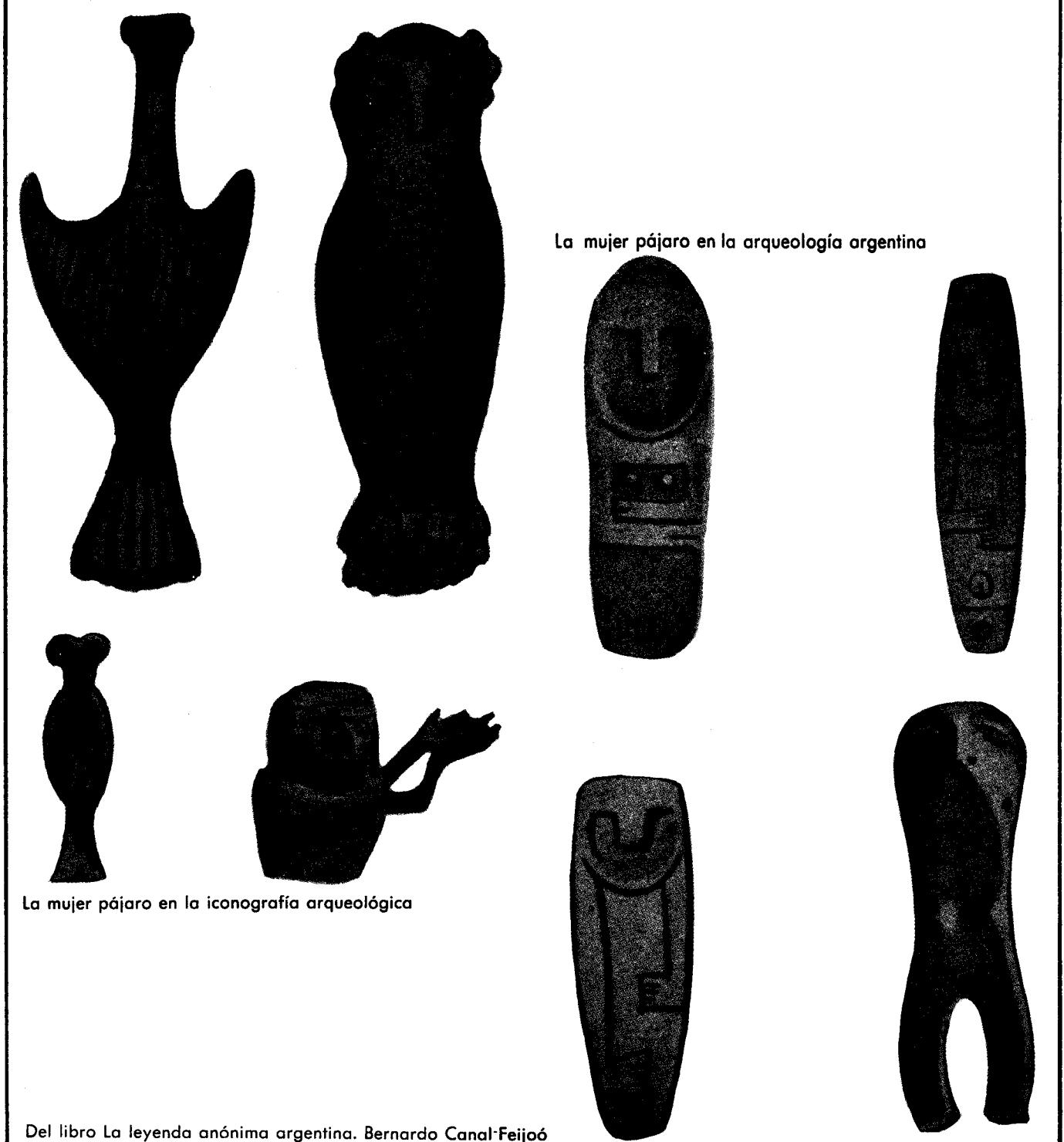
El español Antonio Pereira, en **Hoy vine a levantar las aldabillas**:

Hoy vine a levantar las aldabillas
y fue romper los sellos de la **muerte**.
Se abrió el balcón y entró la voz del **río**,
bandos de **pájaros que ciegamente**
daban contra mi pecho, lavanderas,
¡crisantemos qué va!, sólo las flores
amigas de vivir entre la vida.
Me hice a un lado, mis manos en mis ojos.
No es que entrara la luz, es que salía
la oscuridad que tú nunca has querido,
los negros algodones con que el celo
amante da mordazas a sus muertos.
Ahora puedes hablar, podemos, madre,
hablar y hasta cantar, si no es muy alto,
no vayan a decir que ni siquiera
nos pusimos de alivio.

Angel Ramón Mántaras Márquez, argentino, en **Padecimiento No. 1**:

¡Y beberás tus lágrimas!
Cuando en la noche oscura
la luna te niegue su cariz.
Cuando las sombras con formas
te recuerden mi sombra misma
saltando tu ventana.
Y vendrán a saludarte:
los **negros pájaros** del monte.
¡Y beberás tus lágrimas!
Y mis besos congelados
en el tiempo y la distancia,
se irritarán al verte.
¡Y beberás tus lágrimas!
Y recordarás las horas malgastadas
de celos y resabios,
de intriga y blasfemia.
¡Y beberás tus lágrimas!
Cuando la noche te envuelva consigo,
y, en el frío asfalto te encuentres con mi sombra:
¡Esperándote!
en la dimensión de tus lágrimas . . .





La mujer pájaro en la arqueología argentina

La mujer pájaro en la iconografía arqueológica

Observemos esta regresión en el poema **Cuando crezcas**, de la argentina Elsa Fenoglio:

Cuando crezcas
miéntele a la madre cada dolor.
Los ojos créulos de la madre
son pájaros enceguecidos
de ternura.

La uruguaya Elena Eyras plasmó esta singular regresión oral, en su poema **Sensación**:

Llevaba los cabellos impregnados
de una suave y fragante primavera.
Alas para volar le habían brotado
de su talle sutil de ave ligera.

Sus manos, cual dos rosas tempraneras,
portaban sin temor el más preciado
cristal de ensueño del vaso sagrado,
pleno de luz y gloria de una espera.

En sus labios de sangre palpitante
una caricia de pasión nació.
Era la mujer niña que anhelante
vislumbraba la luz de un nuevo día.

Y plena de candor y de pureza
de pronto descubrió que muy distante
la hechizó con su encanto y su belleza
una estrella de brillo deslumbrante.

Quiso echar a volar; mas ignorando
que unas malignas aves destructoras
cruzaban su camino, interceptando
su encuentro con la estrella promisora.

De pronto cayó en tierra, y ya destruido
el vaso de la luz y de la espera,
aquel fino cristal al fin partido,
le hirió los labios con herida fiera.

Manó la sangre de la dulce boca
y aquel ser, presintiendo su agonía,
sin saber el porqué de su derrota,
ayuda a las culpables les pedía.

Mas las **funestas aves**, presintiendo
que aún la niña tal vez vivir pudiera,
se acercaron a aquella que muriendo
por caridad clemencia les pidiera.

Y con sus **picos fieros y encorvados**
dieron a la inocente, feroz suerte,
hasta que solo el cuerpo ensangrentado
fue un despojo, retazo de la muerte.

Si, como está comprobado, las adaptaciones neuróticas son causadas por la madre o su sustituto, no debemos considerar nada extraño que aparezca en la mitología la mujer-serpiente, como la Equidna griega, o la Ciuacoatl meshica. La estética arqueológica de casi todas las grandes culturas, produce la imagen de la mujer-pájaro, como podrán observar nuestros lectores en las fotografías que tomé del libro ya citado de Canal Feijóo. Jorge Luis Borges en **Manual de Zoología fantástica**, nos ofrece sus indagaciones mitológicas sobre la arpía:

Para la Teogonía de Hesíodo, las **arpías** son divinidades aladas, y de larga y suelta cabellera, más veloces que los pájaros y los vienitos; para el tercer libro de la Eneida, aves con cara de doncella, garras encorvadas y vientre inmundo, pálidas de hambre que no pueden saciar. Bajan de las montañas y mancillan las mesas de los festines. Son invulnerables y fétidas; todo lo devoran, chillando, y todo lo transforman en excrementos. Servio, comentador de Virgilio, escribe que así como Hécate es Proserpina en los infiernos, Diana en la tierra y luna en el cielo y la llaman diosa triflor, las arpías son furias en los infiernos, arpías en la tierra y demonios (dirae) en el cielo. También las confunden con las parcas.

Por mandato divino, las arpías persiguieron a un rey de Tracia que descubrió a los hombres el porvenir, o que compró la longevidad al precio de sus ojos y fue castigado por el sol, cuya obra había ultrajado. Se aprestaba a comer con toda su corte y las arpías devoraban o contaminaban los manjares. Los argonautas ahuyentaron a las arpías; Apolonio de Rodas y William Morris (Life and death of Jason) refieren la fantástica historia. Ariosto, en el canto XXXIII del Furioso, transforma al rey de Tracia en el Preste Juan, fabuloso emperador de los abisinios.





Arpias, en griego, significa las que raptan, las que arrebatan. Al principio, fueron divinidades del viento, como los Maruts de los Vedas, que blanden armas de oro (los rayos) y que **ordeñan las nubes**.

¿Sería mucho pedir que un poeta contemporáneo volviese a reproducir en una visión a la mujer pájaro?

José Santos Chocano, en su poema *Intima*, nos obsequió con este ejemplo:

Esta es mi breve historia
de nave en torbellino:
Osado peregrino,
zarpé contra el Destino;
y en medio del camino
sentí un amor que vino
como caricia suave
¡Mujer tú fuiste a modo
de un pájaro marino caído
en la desnuda cubierta de mi nave...!

Y Luis Cernuda, en su poema *¿Son todos felices?*, formó inconscientemente el cuadro mitológico de las arpías:

El honor de vivir con honor gloriosamente,
el patriotismo hacia la patria sin nombre,
el sacrificio, el deber de labios **amarillos**,
no valen un **hierro devorando**
poco a poco algún cuerpo triste a causa de ellos
mismos.

Abajo pues la virtud, el orden, la miseria;
abajo todo, todo, excepto la derrota,
derrota hasta los **dientes**, hasta ese espacio helado
de una **cabeza abierta en dos** a través de
soledades,

sabiendo nada más que vivir es estar a solas con la muerte.

Ni siquiera esperar ese **pájaro con brazos de mujer**,
con voz de hombre oscurecida deliciosamente,
porque un pájaro, aunque sea enamorado,
no merece aguardarle, como cualquier monarca
aguarda que las torres maduren hasta **frutos podridos**.

Gritemos sólo,
gritemos a un ala enteramente,
para hundir tantos cielos,
tocando entonces soledades con mano disecada.

Helcías Martán Góngora, en *Animal de octubre*, reveló su experiencia onírica:

Guarda la palabra el tiempo,
como la roca guarda
la huella intacta
del animal inominado:
ave canora, bestia
salvaje, da lo mismo:
hombre, simio o escualo
para el silencio
convertido en polvo,
mujer, tigre o paloma
es lo mismo
en el sueño.

Fredo Arias de la Canal



TRANSFORMACIONES

El hombre tiene sed

se acerca el hombre a la fuente y llena
el cuenco de sus manos con agua de la fuente
ojos entrecerrados

Bebe

Bebe

El agua entre sus manos se convierte en seno de mujer
en blanco seno transparente

El hombre bebe y bebe del seno de sus manos
Bebe

El hombre, un niño

el seno blanco de mujer, un pájaro
el niño bebe y bebe

Bebe el cuerpo blanco del ave en el cuenco de
sus manos

Acerca una vez más la boca el niño

bebe

el agua

el pico

el seno de mujer

el ave

Deja las manos, el ave
se despliega

Barritete.

Avión.

Ensordece el graznido del avión de las turbinas
del avión en celo

Avión profeta: «Te ensordecerá el graznido de
mi celo

Te enceguecerán los ojos faros

de mi envidia

Mi cola se arrastrará hasta nun-
ca, nunca.

Nunca. Será la despedida . . . »

Un pañuelo

el avión es un pañuelo

Una mano

una mano que se alza

se endurece

recorta el aire

crecen las puntas de los dedos

los nudillos

la palma que se alarga

Un árbol

un arbusto, al menos

un laurel

Laurel devuelve a Dafne el contorno de su cuerpo

su cuerpo

el calor de su cuerpo

Dafne persigue. Apolo tiene miedo

Dafne, laurel humedecido seno de mujer

Apolo, un niño

tiene sed

bebé el agua de la fuente y Dafne le crece entre

las manos.

Tiene miedo Dafne

se escurre entre los dedos

Aqua

Espejo

Espejos

Los mendigos del sueño habitan los espejos

Los mendigos quiere decir los gladiadores
quiere decir los miedos

Miedos, sábana blanca tiritando
sábana blanca que aguza los contornos

sus contornos

Sal

Mujer de Lot anclada en el desierto
Barcos de sal anclada

Mármol

Moisés asiéndose las barbas
cabellera de noches

cabellera

de amante etíope entibiándole al mármol el pe-
cho con su aliento

Amantísima etíope de cabellera de noches y piel
dorada como arenas

La amantísima cuelga de una vena erizada del
Moisés de mármol un beso como un dije
como una cabecita de ternero recién pa-
rido

Y crece

crece

crece el vello en el pecho del Moisés

El vello

el macho cabrío

el Cordero

Isaac asándose en las brasas del capricho

la voz de Dios no llegó a tiempo

la voz de Dios turbó la mano del infeliz que no
apartó al hijo de las llamas de su jugar
con fuego

El pueblo

danza

danza

alrededor de la herejía

Isaac, el vello

Danza. Es sólo una noche de sábado en una boite cual-
quier de cualquier ciudad

Un hombre, una mujer

bailan

bailan

bailan

La noche

una terraza

el verano

El hombre tiene sed

se acerca a la fuente y llena el cuenco de sus
manos

Ojos entrecerrados

Bebe

Bebe

Tiene sed.

Mercedes Roffe



**EL FRENTE DE
AFIRMACION HISPANISTA, A.C.
ha otorgado
la medalla
"José Vasconcelos"
a las siguientes
personalidades:
León Felipe
(1968)
Salvador de Madariga
(1969)
Félix Martí Ibáñez
(1970)
Joaquim Montezuma de Carvalho
(1971)
Luis Alberto Sánchez
(1972)
Jorge Luis Borges
(1973)
Gilberto Freyre
(1974)
Diego Abad de Santillán
(1975)
Ubaldo di Benedetto
(1976)
Vicente Géigel Polanco
(1977)**

**cartas de solidaridad
de la
comunidad
hispanoamericana**

DE LISBOA

Fue una sorpresa dolorosa el recibir el No. 279 de NORTE con el aviso de que "el envío de la revista se suspenderá en breve". Me cuesta creer que un órgano tan excelente y fecundo se derrumbe de un momento a otro. Si así tiene que ser, por fatalidad circunstancial, entonces, que se le ajuste la frase de Alejandro Casona: ¡Los árboles mueren de pie! Que su emérita revista morirá de pie, como robusta y frondosa araucaria, después de haber recorrido la senda de la utilidad, la fraternidad continental y el anhelo universal fundado en la persecución del ideal hispánico, con la bandera de la lengua común. Sin embargo, ni aun así quiero creerlo, puesto que si es "debido a la falta de interés que existe entre los receptores", déjeme que le diga, con cierta ironía y filosofía: el silencio es el idioma cósmico, dice más que la palabra. Que los receptores no estén hablando, que no digan nada, no quiere decir, de por sí, que haya descuido o falta de interés. Es sólo que están hablando en esa lengua cósmica, en el silencio musical de los astros. Pero también creo que ahora, en este momento crucial, al saber que el árbol puede caer y morir del todo, se erguirán todos a una para romper el silencio —que no es indiferencia— y proclamar: Norte debe existir, Norte es precisa. Desde el atormentado Portugal, uno mi voz al coro de todos los receptores, ahora también de acuerdo. Estoy presente para decir con voz fuerte: ¡Norte tiene que continuar! ¡Así sea por los hados!

Amigo Fredo, acaba de llegarme el No. 279. Está dedicado a Puerto Rico y, realmente, es preciso salvar a la hispanidad de la isla, seriamente amenazada por la intolerancia absorbente del "yanquismo" depredador. Pues bien, al faltar Norte, faltará un elemento de conciencia para las amenazas como esa.

Me gustó mucho su estudio "El derecho al tiranidio". Siempre he pensado que el hombre habla mucho de libertad; pero en lo íntimo tiene miedo a ejercer la libertad, porque teme asumir su autoridad interna. Los tiranos son la otra cara de nuestra inercia. Corresponden a nuestra pasividad. La relación es siempre de dos términos. No hay tirano sin tiranizado.

El mes pasado terminé mi libro sobre el pensamiento del socialista libertario portugués Antonio Sergio, que se editará este año, en Lisboa. Versé en la filosofía, la historia, la pedagogía y el cooperativismo de ese gran opositor de Salazar. Cito en la obra el nombre de usted. A su tiempo recibirá su ejemplar.

Joaquim Montezuma de Carvalho



DE CALI

Hemos estado recibiendo regularmente la revista NORTE, editada por usted, y de acuerdo a lo manifestado por alumnos y profesores que tienen ocasión de consultarla, es una de las publicaciones que más atraen su atención, por el enfoque original de todos sus artículos, en especial por aquellos que tocan con el psicoanálisis, ya que hay pocos estudios sobre el tema en publicaciones regulares, igualmente por la presentación de nuevos artistas, que exploran nuevos medios expresivos, dentro de una diagramación impecable y un formato apropiado.

Por todo esto, consideramos de sumo interés para la comunidad universitaria y extra-universitaria, que se siga editando con la regularidad con que lo ha hecho hasta ahora.

Atentamente,

Alvaro Herrera Ch.

Publicaciones
UNIVERSIDAD DEL VALLE
División de Humanidades

DE LIMA

He recibido los números 278, 279 de su revista NORTE, por lo que sinceramente le agradezco dicho envío.

He leído con bastante atención su revista y encuentro temas de mucho interés, sobre todo sus ensayos psicoanalíticos me revelan su erudición y su constante preocupación por los problemas que adolecen los hombres humildes de América; pero sin dejar de lado los textos de sus colaboradores que contribuyen a enriquecer el acervo cultural.

Lo felicito en verdad por el último (279) dedicado a la honra y memoria de los escritores y luchadores, de Puerto Rico, por la libertad plena y humana del hombre, cuyos nombres y acciones quedan bien estampados en las páginas de la historia.

Reciba Ud. mi más alto reconocimiento por tan acertada labor cultural que continúa desarrollando a través de la dirección de la revista, la misma que establece vínculos fraternales de preferencia entre nosotros los hombres amantes y forjadores de la cultura. Todos en casa leemos NORTE con bastante atención y soy el portavoz del sincero agradecimiento de mi familia a Ud.

Por lo que ruégole haga extensivo mi sincero agradecimiento también a todo el equipo de sus colaboradores de preferencia a sus patrocinadores porque gracias al apoyo que brindan a la publicación de la revista con la misma que están contribuyendo a difundir el auténtico valor cultural de su país y dan a conocer el nombre de eméritos hombres que dan buen crédito como es el caso de Ud. y de otros escritores brillantes e inmortales que me exteriorizan la historia de su patria.

Cuando vuelva a salir mi revista TUNGSTENO le enviaré. Reciba, entre tanto, un fraternal abrazo de su amigo

Bernardo Tineo Tineo



DE BASAURI, ESPAÑA

Acabo de recibir, hace escasas horas, la revista NORTE en su número 279, la cual desconocía hasta su generoso envío. Muchas gracias por esta maravillosa entrega.

Veo que es una revista completa y cuidada minuciosamente en todos sus detalles. No voy a meterme en profundidades analíticas sobre los temas tratados, (de ineludible actualidad y altamente meritorios para cada uno de sus autores), pues el espacio sería insuficiente y quizá resultaría pesado.

Conozco, de unos años acá, varias publicaciones de este tipo, tanto españolas como latinoamericanas, y desde luego NORTE merece mis mejores y sinceros elogios, (sin menoscabo de las demás, por supuesto). Tenga en cuenta, señor director, que no acostumbro a ir derramando elogios supérfluos, pues tampoco deseo hagan eso conmigo en calidad de principiante poeta y escritor que soy.

Me entristece verdaderamente la noticia de la posible desaparición de NORTE, después de su larga y fecunda andadura a través de las décadas pasadas. Con humildad esperanzada lanzo mi súplica a los queridos patrocinadores, pidiéndoles sigan haciendo gala de su generosidad en pro de la SANA CULTURA, a través de los hermosos testimonios detectados por medio de la revista NORTE. Las interiores satisfacciones, señores patrocinadores, son las que llenan de VERDAD. No nos priven de su necesaria AYUDA, ¡POR FAVOR!.

Felipe Robredo

DE CORNELLA; BARCELONA

Recibo el número 279 de NORTE, cuyo contenido encuentro de sumo interés, ya que es todo un manifiesto de afirmación para nuestra comunidad de sentimientos y me sorprende la nota comunicativa de su próxima suspensión. No sé si ello es debido a su situación económica, cosa que lamentaría dadas mis escasas posibilidades de ayuda, ya que considero la necesidad de comunicación entre nuestros pueblos, más ahora que se inician nuevas etapas, después de tanto tiempo con esa, casi falta de relaciones. Es lástima que un órgano como NORTE deje de traernos el mensaje de esa otra parte de nuestra sangre y nuestro sentimiento. Verdaderamente, me produce un intenso dolor la interrupción de estas páginas comunicativas, con su grito de libertad y de afectos comunes.

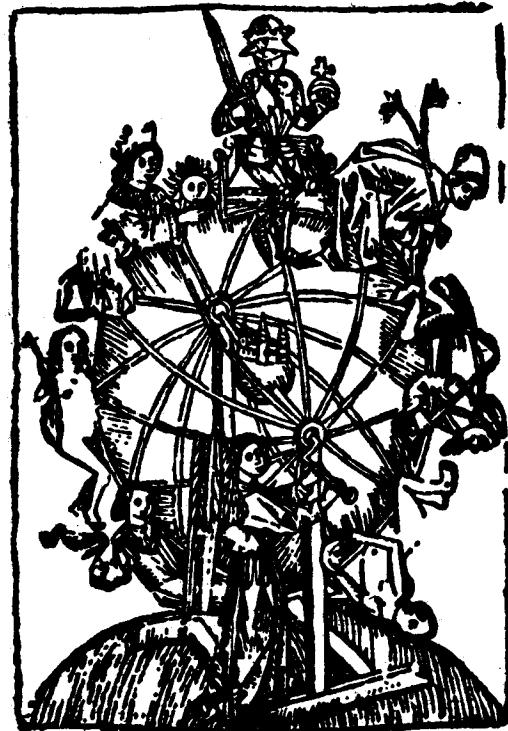
Siempre fue mi sueño sentir bajo mis pies la tierra de la América Hispana y siempre me he tenido que conformar con la comunicación, más o menos esporádica, con sus gentes. Ahora, NORTE me llegaba como un aliento que, en cierto modo, me ponía en contacto con ese mundo del sueño, al que parece como si añorara, si es posible añorar lo que no se conoce. Alguno de mis antepasados fue de sangre mexicana y parece como si llevara en mi ser la herencia de algunos genes patológicos que me aferran a la idea de esas tierras. Crea que lamentaré su falta. De todas formas, si esto fatalmente ocurriera, no deje de estar en comunicación conmigo aunque fuera a nivel personal. México y sus cosas me gritan, como toda la América común, con fuerza inexplicable y la falta de NORTE va a ser como si me arrancara una raíz.

Cristóbal Benítez Melgar



«El poeta es el hombre. Y todo intento de separar al poeta del hombre ha resultado siempre fallido. Por eso sentimos tantas veces como que tentamos a través de la poesía del poeta algo de la carne mortal del hombre. Y espiamos, aun sin quererlo, aun sin pensar en ello, el latido humano que la ha hecho posible; en este poder de comunicación está el secreto de la poesía que, cada vez estamos más seguros de ello, no consiste tanto en ofrecer belleza cuanto en alcanzar propagación, comunicación profunda del alma de los hombres.»

VICENTE ALEIXANDRE



Patrocinadores:

ORIENTAL MICHOACANA, S. de R. L.

TEXTILES INDUSTRIALES, S. A.

EL PINO, S. A.

CIA. INDUSTRIAL MEXICO, S. A.

HILADOS SELECTOS, S. A.

IMPRESOS REFORMA, S. A.

LA MARINA, S. A.

LAMINAS ACANALADAS INFINITA, S. A.

REDES, S. A.

RESINAS SINTETICAS, S. A.

RESTAURANTE JENA

